

JOSÉ VASCONCELOS

MEMORIAS POLÍTICAS

José Vasconcelos (1882-1959). Estudió en la Escuela Nacional Preparatoria y después en la Escuela Nacional de Jurisprudencia. Se unió a la campaña presidencial de Madero en 1909 y formó parte de el Club Central Antirreeleccionista. En 1910 fue elegido presidente del Ateneo de la Juventud. En 1912 fundó con los ateneístas la Universidad Popular Mexicana. El golpe de Estado de Victoriano Huerta lo obligó a exiliarse. Fue titular de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes, del 7 de diciembre de 1914 al 15 de enero de 1915, en el gabinete del presidente Eulalio Gutiérrez. En 1920 se alineó con Obregón contra Carranza. Al triunfo de Obregón, fue nombrado rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, de 1920 a 1921. De 1921 a 1924, desarrolló una extraordinaria labor como secretario de Educación Pública. Después de renunciar a dicho cargo, en 1924, pasó a la oposición y presentó su candidatura a la gubernatura del estado de Oaxaca, donde resultó derrotado y se exilió del país. Regresó en 1928 y contendió por la presidencia de la República. Después de las elecciones presidenciales de 1929, redactó y publicó cuatro libros que son su crónica autobiográfica: *Ulises Criollo*, *La tormenta*, *El proconsulado* y *La flama*. Volvió a marchar de México, donde regresó en 1940 para dirigir la Biblioteca Nacional. Fue miembro del Colegio Nacional y de la Academia Mexicana de la Lengua.

MEMORIAS POLÍTICAS

JOSÉ VASCONCELOS

MEMORIAS POLÍTICAS

JOSÉ VASCONCELOS



LXII LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS



CONSEJO EDITORIAL
CÁMARA DE DIPUTADOS

BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO
LEGISLATIVO Y POLÍTICO MEXICANO

Memorias políticas

José Vasconcelos

Primera edición, 2014.

IDEA ORIGINAL DE LA COLECCIÓN

Edgar Piedragil

COORDINACIÓN EDITORIAL

Enzia Verduchi

DISEÑO DE LA COLECCIÓN

Daniela Rocha

CUIDADO DE LA EDICIÓN

Roxana González

FORMACIÓN ELECTRÓNICA

Susana Guzmán de Blas

CORRECCIÓN

Anais Abreu / Emiliano Álvarez

© Héctor Vasconcelos

© Cámara de Diputados, LXII Legislatura
Avenida Congreso de la Unión No. 66
Col. El Parque, Del. Venustiano Carranza
C.P. 15960, México, D.F.

© Pámpano Servicios Editoriales S.A. de C.V.
Avenida Paseo de la Reforma No. 505, piso 33,
Col. Cuauhtémoc, Del. Cuauhtémoc
C.P. 06500, México, D.F.

ISBN: 978-84-16142-62-0 (Del título)

ISBN: 978-84-9394478-9-7 (De la colección)

D.L.: M-10896-2014

La fuente de las acotaciones biográficas de este título pertenecen al *Diccionario Porrúa de Historia, Biografía y Geografía de México*, 2 volúmenes.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier modo o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación sin la previa autorización expresa y por escrito de los editores, en los términos de lo así previsto por la Ley Federal del Derecho de Autor.

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

Presentación	9
Francisco I. Madero	11
El nuevo embajador	21
La apoteosis del crimen	37
Los arreglos de Ciudad Juárez	57
La Convención del Hidalgo	65
Otra sublevación	73
El averno	79

PRESENTACIÓN

El quehacer político, la política y los políticos hoy se encuentran en la disyuntiva de la participación ciudadana como elemento clave para la toma de decisiones que nuestro país requiere. La política ha dejado de ser una ideología definida, como lo fue en las décadas pasadas. Por más que nos empeñemos en hacer distingos ideológicos, sus bases son hoy tan difusas que poca fortuna tenemos al tratar de precisarlas.

Sin duda, son muchas las obras que, a lo largo del tiempo, han tratado de definir o circunscribir una determinada ideología, un determinado tipo de pensamiento o acción política. También son muchas las que en la actualidad analizan globalmente realidades, tratando de definir o, cuando menos, acercarse a los hechos ciudadanos como parte de las decisiones políticas, pero olvidan que las relaciones que las antecedieron son el objetivo de sus acciones presentes y futuras.

En este sentido, el Consejo Editorial de la Cámara de Diputados, durante la LXII Legislatura, ha trabajado para consolidar una vocación editorial que defina el carácter de nuestras publicaciones. Nuestra misión y visión nos han dado el marco perfecto para ello: “fortalecer la cultura democrática y el Poder Legislativo”. Así, se propuso recuperar las obras formativas de nuestra nación. Ya sea desde el periodismo y la crónica, ya

desde de la filosofía, el derecho y el quehacer legislativo, la conformación de una “Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano” permitirá la publicación de obras esenciales para entender el entramado complejo que es nuestra política actual.

Tras la Independencia, la organización del joven país requirió de una intensa labor legislativa para reconocer que la soberanía reside en la Nación. Esto se prolongó hasta el afianzamiento como República por medio de las Leyes de Reforma, lo cual constituyó la revolución cultural más trascendente del siglo XIX mexicano. Su amplio recorrido durante dos siglos está representado en los estatutos que actualmente rigen el Estado.

De esta manera, la colección “Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano” rescata una visión distinta de nuestro fuero y difunde los principios de libertad, integridad y democracia del pensamiento legislativo y político.

Pensar hoy en la historia de nuestro país, nos obliga a ser más críticos. Por ello, el impulso de este Consejo Editorial para apoyar la difusión de la cultura política y el fortalecimiento del Poder Legislativo nos inspiran a acercarnos a las nuevas generaciones en su propio lenguaje y formas de comunicación. Pensar en los libros como una extensión de la memoria, como decía Jorge Luis Borges, nos motivó a buscar a los lectores ideales para nuestras publicaciones: los jóvenes. Hoy, su participación política es fundamental para México. Por esta razón, recuperar, en ediciones sencillas y breves, los escritos de quienes, desde sus distintas tribunas, han sido a la vez formadores y críticos de las instituciones que hoy nos rigen, nos ha permitido confiar en la recuperación del pasado más inmediato para seguir forjando la ruta del futuro más próximo.

Consejo Editorial
Cámara de Diputados
LXII Legislatura

FRANCISCO I. MADERO

Acabo de referirme a ciertos elogios que de una bailarina hacía en mi *periódico*, y tiempo es ya de contar cómo llegué a convertirme en director de un semanario político, sin menoscabo de mis tareas de profesionista. El malestar social latente había cuajado, por fin, en la conciencia de un mexicano. Se llamaba Francisco I. Madero; tenía juventud y recursos y acababa de publicar un libro: *La sucesión presidencial*. En él analizaba con valentía el presente y el futuro inmediato del país. Me tocó ser presentado a Madero en mi propio despacho, en los altos del International Bank, en la calle de Isabel la Católica. Allí lo llevó un amigo común: el ingeniero Manuel Urquidi.¹ Estaba Madero de paso en la capital y prefirió acudir a verme, no obstante que yo había adelantado mi deseo de visitarlo en su hotel.

¹ Manuel Urquidi Márquez (1881-¿?). Ingeniero y militar. Desde 1909 fue miembro del Partido Antirreeleccionista. En 1910, fue uno de los delegados de la Convención Antirreeleccionista. Diputado federal electo en 1912 por el Distrito Federal. En 1913, fue nombrado Juez Militar del Distrito de Río Grande, en Piedras Negras, como parte del Ejército Constitucionalista. A principios de 1914, recibió el nombramiento de coronel de Caballería del Ejército Constitucionalista, División del Noreste, y más tarde fue nombrado presidente del Consejo de Guerra Permanente de Matamoros.

Nuestra primera conversación fue breve. Buscaba hombres independientes, decididos; me invitaba a la reunión a celebrarse en la casa del ingeniero Robles Domínguez,² en un edificio de la calle de Tacuba...

Con motivo de la separación de Wilson, nos habíamos trasladado al nuevo domicilio del Banco Internacional, del que éramos apoderados. En el piso alto, que Warner adaptó lujosamente, se instalaron nuestras oficinas y una notaría que era nuestra subarrendataria. Como auxiliar de dicha notaría, figuraba el licenciado Antonio Díaz Soto y Gama;³ provinciano, todavía joven y muy inteligente, pero de cultura rudimentaria: liberalismo a lo Ramírez, con mezcla de socialismo a lo Henry George. Con frecuencia discutíamos, conversábamos y aun nos cambiábamos libros. Yo lo admiraba porque había tomado parte en el conato de rebelión magonista de cuatro años antes, en protestas de la penúltima reelección de Porfirio Díaz.⁴ Los

² Alfredo Robles Domínguez (1876-1928). Ingeniero militar y revolucionario.

³ Antonio Díaz Soto y Gama (1880-1967). Abogado y político. Desde joven se afilió al Partido Liberal Mexicano, en contra de Díaz. A fines de 1913, se incorporó a las fuerzas zapatistas y fue comisionado por Zapata para asistir a la Convención de Aguascalientes. En 1929, tras el triunfo del Plan de Agua Prieta, regresó a la ciudad de México, y el 13 de junio de ese mismo año fundó el Partido Nacional Agrarista. Entre 1920 y 1928, en cuatro ocasiones, fue diputado al Congreso de la Unión. En 1958, el Senado de la República le otorgó la medalla Belisario Domínguez.

⁴ Porfirio Díaz (1830-1915). Militar, político y estadista. Candidato a la presidencia por el Partido Progresista, fue derrotado por Juárez y, a la muerte de éste, en 1872, se sublevó contra Lerdo de Tejada. En noviembre de 1871, lanzó el Plan de La Noria, en el que se pronunciaba contra el reeleccionismo y el poder personal, y a favor de la Constitución de 1857 y de la libertad electoral. En 1876, accedió a la presidencia. En 1880, la Cámara lo declaró presidente constitucional. Gobernó el país durante más de treinta años.

Magón,⁵ derrotados, habían tenido que refugiarse en los Estados Unidos, y Díaz Soto, amnistiado, vivía en retiro honesto y laborioso. Lo primero que hice, pues, fue comunicarle la invitación de Madero y hacérsela extensiva. Con sorpresa, vi que no sólo la rechazaba, sino que amistosamente me aconsejó que no me presentase a la junta y que cortase toda relación con los alborotadores de la oposición. No valía la pena, me dijo, sacrificarse por un pueblo que nunca responde al llamamiento de sus mejores. A él le habían quebrantado su porvenir y estaba decidido a no volver a mezclarse en la política de *un país de indios embrutecidos por el alcohol...*

—Usted puede soñar en democracia, compañero, porque ha pasado su vida en la capital; no conoce a nuestro pueblo. El campo no está preparado sino para la abyección. La única política eficaz en México es la de Pineda⁶ —el gerente del porfirismo—; una política de pan y palo; o sea, un despotismo ilustrado.

No podían ser más juiciosas las reflexiones de Díaz Soto, ni más leales a la amistad. Por otra parte, yo no tenía motivo propio de queja contra el régimen... Sin pertenecer ni remotamente a cualquiera de las facciones gubernamentales, veía acrecer mis entradas, poseía casa propia y porvenir seguro. Pero, ¿qué sabe

⁵ Javier Garcíadiego señala: “los hermanos Jesús y Ricardo Flores Magón, hijos de un oaxaqueño juarista y avocados en la ciudad de México, cursaron estudios jurídicos y publicaban el periódico opositor *Regeneración*. [...] Por medio de *Regeneración*, durante un tiempo, siguieron proponiendo métodos pacíficos de lucha y se mantuvieron afines a la ideología liberal: así lo demuestra su Programa del Partido Liberal, redactado en 1906. Luego de rebasar a Arriaga, Ricardo Flores Magón encabezaría el tránsito hacia la ideología anarquista...”, en “La Revolución”, *Nueva historia mínima de México*. México, El Colegio de México, 2004, p. 227.

⁶ Se refiere a Rosendo Pineda, quien fue parte del grupo de los “Científicos”.

nadie de los motivos profundos que van determinando el destino? La convicción de que el porfirismo era una cosa podrida y abominable había ido arraigando en mi sensibilidad. La evidencia de los atropellos diarios cometidos a ciencia y paciencia del régimen, y un sentimiento de dignidad humana ofendida, convertían en pasión lo que primero había sido desagrado y sorpresa. En cierto viaje por el sur de Veracruz, realizado en interés de nuestro Banco, que tenía acreedores en aquella zona, me tocó presenciar un caso irritante. Al entrar a despedirme de un jefe político, que nos había dado facilidades, me lo encontré indignado y me tomó de testigo. Acababa de rescatar de las manos de un gran propietario de la comarca a un hombre desfilado, deshecho a latigazos; se proponía mandar la víctima al juez y promover la aprehensión del hacendado. Lo felicité por su decisión y me puse a sus órdenes. Al llegar a México, pocos días después, vi en la prensa que el jefe político había sido destituido por ponerse del lado de la justicia. Por el estilo, las quejas llovían, y una intensa campaña dirigida desde los Estados Unidos nos abría los ojos sobre atrocidades menores que las que comete el callismo, pero suficientes para mover la conciencia de las clases educadas en los colegios, deseosas de ver que México superase su barbarie. Una reacción de la cultura y el sentimiento de humanidad contra el matonismo militar y la incultura en el poder, eso fue el movimiento de protesta que culminó con la rebelión maderista.

“No sabíamos a dónde íbamos”. Así nos dijo el veterano periodista de la oposición y agitador obrero don Paulino Martínez.⁷

⁷ Paulino Martínez (1850-1914) Periodista y profesor. Fundó y dirigió varios periódicos de oposición, entre ellos *El Chinaco* y *La Voz de Juárez*. En 1903, se exilió en San Antonio, Texas, donde publicó *El Monitor Democrático*. De mayo

—¿No se dan cuenta estos muchachitos de que vamos a una revolución? —decía incitándonos y a la vez reprimiendo excesivos entusiasmos de primerizos.

En las primeras reuniones quedó constituido el comité original con don Paulino ya citado; con don Filomeno Mata,⁸ viejo periodista independiente; don Emilio Vázquez Gómez,⁹ abogado de prestigio, y el ingeniero Robles Domínguez, un patriota que exponía su caudal. El elemento joven lo representamos Federico González Garza,¹⁰ compañero de colegio y hombre puro;

de 1909 hasta el triunfo maderista, fue uno de los siete miembros del consejo ejecutivo del Centro Antirreeleccionista, del cual fue secretario. En octubre de 1911, se unió a la revuelta antimaderista, encabezada por los hermanos Vázquez Gómez. Fue el redactor del Plan de Tacubaya. En 1912, se unió al movimiento zapatista, y, en 1914, fue designado por Zapata presidente de la Comisión del Ejército Libertador del Sur en la Convención de Aguascalientes.

⁸ Filomeno Mata Rodríguez (1845-1911). Periodista. Formó parte del periódico pro-porfirista *El Monitor Tuxtepecano*, por lo que fue designado como director del *Diario Oficial de la Federación* y de la imprenta del gobierno. En 1881, fundó *El Diario del Hogar*, donde escribió artículos apoyando el movimiento maderista. Esto le costó que lo persiguieran y encarcelaran. Fue reportero y director de los periódicos *El Monitor Republicano*, *La Patria*, *El Ahuizote*, *Sufragio Libre*, *El Cascabel* y *La Hoja Eléctrica*.

⁹ Emilio Vázquez Gómez (1858-1926). Abogado y político. Criticó severamente a Díaz desde la década de 1880. Colaboró con algunos periódicos de oposición como *El Tiempo* y *El Diario del Hogar*, hablando siempre a favor de la alternabilidad en el poder y el respeto del sufragio popular. Desde 1906, entabló relaciones con Madero. Junto con él, Paulino Martínez, Luis Cabrera, Roque Estrada y otros, fundó, en mayo de 1909, el Centro Antirreeleccionista de México, del cual fue presidente. Fue secretario de Gobernación en 1911, durante el gobierno interino de Francisco León de la Barra. Junto con su hermano Francisco, lanzó, en octubre de 1911, el Plan de Tacubaya, donde se declaraban nulas las elecciones, disueltas las Cámaras y se le proclamaba presidente de la República.

¹⁰ Federico González Garza (1876-1951). Abogado y político mexicano. Precursor de la Revolución mexicana, fiel colaborador de Francisco I. Madero.

Manuel Urquidi, educado en el extranjero, y Luis Cabrera,¹¹ que asistió a las reuniones posteriores y que coqueteaba con el re-ismo, el partido que parecía más viable dentro de la oposición.

Nuestro plan de campaña, calcado del libro de Madero, consistiría en organizar la ciudadanía de la República para que, abandonando su indiferencia de los últimos treinta años, acudiese a las urnas a designar presidente conforme a sus deseos. El lema que tantos años fue oficial: “Sufragio Efectivo y No Reección”, lo redacté yo, en oposición al antiguo “Sufragio Libre”, y para indicar que debía consumarse la función ciudadana del voto. Alegaba Madero, y con justicia, que no podía hacerse responsable al Dictador de la retención del mando, si antes la ciudadanía no manifestaba su voluntad de retirárselo.

No se dio a Madero ningún puesto en nuestra junta, porque su misión era recorrer la República organizando clubes; pero antes de partir, nos dejó dos encargos: el hallazgo de un personaje que aceptase ser postulado para la presidencia en oposición a Porfirio Díaz y la edición de un periódico que había de ser órgano del movimiento.

Fui de los encargados de visitar a los personajes semi-independientes de la época. En todos los casos, encontramos un

Fue gobernador del Distrito Federal, teniendo que renunciar pocos días antes del estallido de la Decena Trágica, en febrero de 1913.

¹¹ Luis Vicente Cabrera Lobato (1876-1954). Abogado, político, diplomático y escritor. Como periodista, fue un convencido antirreeccionista. Firmaba con los seudónimos de “Lic. Blas Urrea” y “Lucas Ribera”. Fue colaborador en el *Partido Democrático*, *El Diario del Hogar*, *El Dictamen*, *La Patria* y *El Colmillo Público*. En 1912, fue electo diputado por el Distrito Federal, en la XXVI Legislatura. Redactó las adiciones al Plan de Guadalupe, y fue autor de la Ley Agraria del 6 de enero de 1915. Fue diputado en la XXVII Legislatura. Nombrado por Carranza, fue secretario de Hacienda, de abril de 1919 a mayo de 1920.

recibimiento frío y una disposición escéptica. México no tenía remedio; la chusma ignorante era un lastre. Cuando desapareciera don Porfirio por su avanzada edad, la nación volvería a caer en otra dictadura.

En cambio, en los mítines que comenzamos a organizar por las barriadas pobres y populosas, especialmente con el elemento obrero, nuestro éxito empezó a producirnos asombro, a la vez que alarmaba al gobierno. Se distinguía en estas sesiones, por su elocuencia juvenil, Roque Estrada.¹² Yo fracasaba por mal orador y porque puesto en contacto con la masa humilde me entraban unos ímpetus peligrosos de sinceridad. Por ejemplo: un día hablé de que antes de intentar democracia y actividad política, el pueblo necesitaba emprender la campaña del agua y del jabón. A pesar de mi intención pura, el consejo pareció a unos ofensivo, a otros impolítico, y me dejó desilusionado de mi capacidad demagógica. Continuamos las sesiones prescindiendo yo de hablar y dedicado a la organización, redacción de las actas y el registro de las adhesiones.

Por la noche, en casa del licenciado Vázquez Gómez, los dos secretarios del Partido le ayudábamos a contestar la correspondencia que llegaba de todo el país. Madero acudía también por allí a menudo. Conversando, me había aconsejado el uso de no sé qué manual de oratoria que a él le había dado buenos resultados; pero: “Ahora –me dijo–, ya que no quiere hablar,

¹² Roque Estrada Reynoso (1883-1966), político, escritor, abogado y jurista. Junto con Paulino Martínez, Luis Cabrera, Emilio Vázquez Gómez y otros, fundó, en 1909, el Centro Antirreeleccionista de México. En junio de 1910, fue hecho prisionero en Monterrey, Nuevo León, junto con Madero. Participó en la redacción del Plan de San Luis. Fue diputado federal, así como magistrado y presidente de la Suprema Corte de Justicia de la Nación. En 1957, el Senado de la República le otorgó la Medalla Belisario Domínguez.

lo haremos escribir”. Y me encargó la dirección del semanario del Partido, próximo a salir. Lo bautizamos *El Antirreeleccionista*, y lo estuve publicando sin tropiezos dos o tres meses. Pronto la pequeña hoja tuvo suscriptores en cada rincón de la República. En ella vaciamos nuestro encono contra el régimen y el talento inédito de no pocos compañeros. Sin embargo, no apuntó en él ninguna promesa de gran escritor, acaso porque duró poco la publicación. En cambio, en la oratoria, el Partido creaba sólidos prestigios como el de Roque Estrada y el de Bordes Mangel.¹³ También entre la nueva generación se distinguía, sin brillo, pero con talento, tenacidad y honestidad, Federico González Garza. En el grupo primitivo nadie obtenía medro. Al contrario, la mayoría contribuíamos con una suma mensual para los gastos de la oficina, a la vez que ofrendábamos nuestro trabajo.

Entró el negocio cuando se hizo necesario convertir *El Antirreeleccionista* de semanario en diario. No pudiendo yo dedicarle el tiempo necesario en su nueva forma, entregué la dirección a una persona que yo mismo recomendé a Madero: un pseudoingeniero a quien llamaremos simplemente Fulgencio.¹⁴ Era

¹³ Enrique Bordes Mangel (1886-1935). Militar y político. En 1910, participó en la Convención Antirreeleccionista. El 14 de julio de 1910, proclamó el Plan de San Ricardo, en Atoyac, Veracruz. Fue jefe militar de Pachuca, Hidalgo, en 1911; secretario del gobierno del DF, en 1912; secretario general del gobierno de Hidalgo, en 1914; diputado federal en tres ocasiones: 1912-1923, 1920-1922 y 1926-1927. Embajador plenipotenciario de México en Honduras, de 1922 a 1924.

¹⁴ Se refiere a Félix Fulgencio Palavicini Loría (1881-1952). Ingeniero, periodista, escritor y político. Acompañó a Francisco I. Madero, en 1909, en su primera gira por la República. Formó parte de la XXVI Legislatura al Congreso de la Unión, disuelta por Huerta, en 1913. Tras esto, fue apresado y enviado a la Cárcel de Lecumberri. Fue secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes (1914-1916). Representó al Distrito Federal en el

un provinciano arruinado, reñido con el porfirismo después de haberle servido y a causa de no sé qué líos en que el gobierno lo acusaba de plagio. La prensa gobiernista empezó a llamarlo “Plagianinni”, tan pronto como apareció en las filas de la oposición. A nosotros se nos presentaba como mártir de la arrogancia de don Justo Sierra.¹⁵ Lo cierto es que el mismo Justo Sierra lo había tenido pensionado en Europa un año o dos, y lo destituyó por haber publicado un libro informe que contenía citas no muy definidas en cuanto a la paternidad. El dicho Fulgencio había trabajado unos meses como voluntario en el periódico, y aunque a nadie inspiraba confianza, tampoco alarmó su nombramiento porque yo me reservé la jefatura de la redacción. La política del periodismo quedaba así a salvo, y en el puesto de paga colocábamos a un “correligionario” necesitado.

No pasó mucho tiempo sin que sintiéramos el zarpazo de la tiranía. Mi primer rozamiento con la policía ocurrió durante una visita al taller de imprenta de don Paulino. Desde que se había constituido el Partido le ayudábamos con algunos artículos destinados a su hoja *La Voz de Juárez*, de amplia circulación entre los obreros de Orizaba. Me presenté una tarde a corregir mis pruebas. La imprenta ocupaba un pequeño salón con puerta a la calle y un despachito interior. Penetré despreocupado, sin

Congreso Constituyente de 1917. En 1916, fundó el periódico *El Universal*. Posteriormente, fue embajador extraordinario del gobierno mexicano ante los gobiernos de Inglaterra, Francia, Bélgica, Italia y España, así como en Argentina.

¹⁵ Justo Sierra Méndez (1848-1912). Educador, historiador, sociólogo, escritor y político. Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes (1905-1911). En 1910, fundó la Universidad Nacional de México. La UNAM lo declaró “Maestro de América”. Colaboró en *El Monitor Republicano*, *El Renacimiento*, *El Domingo*, *El Siglo XIX*, *La Libertad* y *El Federalista*.

advertir que los cajistas habían interrumpido su labor y diciendo: “¡Hola!; ¡a ver si ya está eso!” Dicho lo cual, me puso la mano en el hombro un agente de la secreta. El cajista jefe me hizo un guiño de inteligencia y dirigiéndose al policía le dijo: “Déjelo usted; es un cliente de la imprenta que se ha mandado hacer unas tarjetas de visita”. Vi entonces de reojo a los esbirros, escapé como pude y me dirigí a la casa de don Paulino. Allí me informaron que ya estaba a salvo; era, en efecto, un perito en el arte de eludir a la policía.

Pronto Fulgencio nos dio el primer disgusto. Durante el período de mi dirección había yo impreso al periódico un criterio de total negación del régimen porfiriano. Exigíamos cambios absolutos de hombres y métodos. Ya sea porque temiese represalias o por no sé qué fines de interés personal, aprovechando una ausencia mía, Fulgencio se soltó un editorial con retrato, encomiando a Limantour,¹⁶ el ministro de Hacienda del porfirismo.

Nuestros correligionarios protestaron con escándalo y yo hubiese lanzado a la calle al director si no hubiese intervenido la piedad. Entre todos nosotros, Fulgencio era el único que no sólo no gastaba en el Partido, sino que vivía de él, eso sí, modestamente y a cambio de su trabajo. Me constaba que el sueldo le era indispensable. Fulgencio me prometió enmienda y lo retuve.

¹⁶ José Yves Limantour Marquet (1854-1935). Político, abogado y economista. Fue electo diputado del Congreso durante la década 1880-1890. Ocupó diversos cargos en el gobierno de Díaz: miembro de la Junta de Desagüe, en 1892, presidente de la Junta de Saneamiento, en 1896, y de la de Provisión de Aguas Potables, en 1903. Ministro de Hacienda y Crédito Público, de 1893 a 1911. Fue el líder del grupo de los “Científicos”.

EL NUEVO EMBAJADOR

Se llamaba Henry Lane Wilson y lo recibimos con entusiasmo por causa de un discurso en que, contrariando el precedente diplomático de encarnar a México en la persona del Dictador, declaró que era efímero todo progreso que no se apoyaba en “la sólida roca de la Constitución de un pueblo”. La frase desagradó al gobierno, pero hizo fortuna en la oposición. Además, y aun cuando no nos dábamos cuenta de ello, la ideología revolucionaria que permeaba al país era un reflejo del movimiento sindicalista norteamericano. Los agitadores cruzaban la frontera, llegando a provocar levantamientos como el de Cananea, reprimido a su vez por soldados de Norteamérica, con anuencia del gobernador porfirista. Las doctrinas que en la nación del Norte fracasaban por falta de ambiente propicio, encontraban repercusión material en el México oprimido y desesperado. Lo que en nosotros no podía expresarse en el mitin o en el diario se refugiaba en el complot. La mayor parte de los jefes secundarios de la rebelión, desde 1910 a la fecha, han sido hombres de cultura rudimentaria, con indigestión del ideario de los *Industrial Workers of the World*, primero, y de la *American Federation of Labor*, después, al iniciar Calles el obrerismo amarillo o de simulación revolucionaria. Las revistas norteamericanas

de tendencia avanzada, los diarios, de información libre, circulaban en México y propalaban historias de atropellos gubernamentales de los que no se podía hablar en nuestro propio territorio. Desde Estados Unidos, también, los refugiados de anteriores intentos de rebelión, encabezados por los Flores Magón y apoyados en las organizaciones obreras *yankees*, mantenían una campaña violenta contra el despotismo de Díaz.

Crecía el oleaje, y el Dictador, habituado al fácil abuso, empezó a violar su propia palabra, que había garantizado la libertad de prensa durante el período electoral. Una tarde cayó la policía sobre nuestro periódico. No hallando a mano ni a Fulgencio ni a mí, encarcelaron a los cajistas, al administrador, al prensista y también a un sujeto que estaba de visita, pero que confundieron conmigo. Protestaba éste, declarando su verdadero nombre, y el astuto Pancho Chávez, jefe de la policía, exclamaba triunfante:

—No crea que a mí me engaña; usted es V.

A las veinticuatro horas lo libertaron; para entonces, ya no estaba yo en la capital.

Me refugié, junto con Federico González Garza, en la Hacienda de las Palmas, en San Luis Potosí, propiedad de un compañero de colegio y correligionario antirreeleccionista, José Rodríguez Cabo. La vista de la cañada por donde cruza el ferrocarril, basaltos colosales entre la selva del trópico, el famoso Espinazo del Diablo, nos devolvió la serenidad. ¡Cómo resultan mezquinas todas las luchas del hombre y cómo sería hermoso vivir de eremita ambulante para contemplar la Naturaleza en su plenitud gloriosa! Y ¡cómo era idiota pasarse la vida encerrado dentro de los muros de la rivalidad y el apetito!

La finca de nuestro amigo, una de las más extensas de la región y potencialmente de las más ricas del mundo, no estaba

explotada ni en el décimo de su capacidad. Las habitaciones del propietario eran rústicas; pero a la mesa llegábanle vinos legítimos de España. Española es también esta manera de vida atenta a la gula, pero descuidada de la comodidad. El padre de Rodríguez Cabo, nacido en España, sumó su trabajo a la vasta herencia de su esposa mexicana. Al enviudar la madre, nuestro amigo administraba la finca como hijo preferido y apoderado. Además de haberse hecho ingeniero en México y en Estados Unidos, José había hecho un viaje a Tierra Santa en compañía de la madre. Con haberlo deseado nuestro amigo, hubiera podido colocarse entre los hombres influyentes del país; pero su temperamento generoso, su educación en países libres, lo inclinaban a jugarse el porvenir junto con nosotros. Durante las dos semanas que fuimos sus huéspedes, nos hizo disfrutar los encantos de la vida campestre. Tenía en sus potreros caballos finos tan briosos que no hubiéramos podido montarlos. De España había importado, para sementales, potros magníficos y un burro famoso en la comarca. Además de las vacas finas del establo, poseía ganado corriente en abundancia y vaqueros dedicados al lazo del mostrenco. Situada su hacienda a seiscientos metros, más o menos, sobre el mar y a dos horas de Tampico por ferrocarril, la temperatura excesiva en verano se volvía muy grata en invierno. A nosotros nos tocaba una primavera calurosa, pero agradable, que incitaba al baño a descubierta en el río. Enfrente de la casa, los desmontes ostentaban pasto del Pará, denso follaje en que el ganado se entierra hasta la panza. Las palmeras y las ceibas, los robles y los zapotes, asomaban ramajes y cúpulas sobre la masa perennemente verde de la vegetación del trópico. Al amanecer nos servían leche cortada con miel de abeja silvestre, café de olla, frijoles refritos y un cigarro puro, aromático. Entre bromas y charla

de una despreocupada camaradería, se prolongaba la sobremesa hasta que llegaban a la puerta los caballos ensillados. Visitábamos en ellos los sitios más pintorescos y recorríamos potreros y siembras. Luego, al trote largo, nos dirigíamos al baño. Estaba dispuesto en uno de los lugares más estupendamente bellos del planeta. Ningún viajero del tren de Tampico olvidaba la primera vez que, por indicaciones del conductor, se asomó al boquete, casi bajo la vía, donde a mil metros de profundidad se percibe un claro de luz sobre agua de oro al fondo de una caverna; allí penetrábamos después de trepar a una abertura en la roca entre los boscajes y helechos y descender por el interior de la caverna. Deslumbrado el ojo por la refulgencia exterior, sólo lentamente descubre la escala natural que baja y la nave irregular rota a un extremo por la abertura que se divisa desde el ferrocarril. Peste penetrante de guano motiva el relato de las fuertes sumas que este desecho deja al patrón al venderlo para abonos. Al fondo de un abismo se abre, por fin, el espejo de un manantial abovedado, pero anegado en luz. Por el claro desemboca la corriente. Los ecos de las voces enreídas de asombro producen sonoridades solemnes. Vienen a la memoria las estampas de las cuevas rupestres de Europa o de las estatuas que los indostanos tallaron en lugares parecidos. La virginidad de estas cavernas americanas transforma la impresión de pasado en otra de primicia y descubrimiento. Como si fuésemos la primera conciencia humana que se sobrecoge al capricho de las fuerzas creadoras.

Pronto el agua cristalina moja los cuerpos ávidos de frescura, se animan las ondas muertas con el juego de los torsos, los brazos de los nadadores. La humana sustancia flota desnuda en las aguas y chapotea o salta por las peñas, inconsciente de su ritmo estatuuario bruñido de claridad solar. Levantando la

vista ya de pie dentro del agua, se ve en la altura un punto de luz, estrella de la caverna: el boquete por donde acostumbran mirar los viajeros. Una vez pasó un tren por lo alto mientras nos bañábamos en la profundidad; la caverna se llenó de estruendo, pero pronto volvió a su paz. En ocasiones, de regreso, al ascender de nuevo para ganar el camino, alguien gritaba provocando los ecos salvajes, removiendo capas de aire que hace siglos reposan.

Echados a la vida de la naturaleza, pasábamos las horas a caballo en galopes por las rutas de la selva. Luego, para lavar el sudor, repetíamos de noche el baño, en el río próximo a la finca. Mis dos compañeros eran excelentes nadadores pero yo floto apenas. Sobre una vieja barca nos desnudábamos a la luz de un farol portátil. Inmediatamente, los mosquitos se cebaban en nuestras carnes y era menester zambullirse; lo hacían de salto mis amigos, alejándose de la ribera. Iba yo detrás más despacio, pero confiado; ya regresaban ellos nadando contra la corriente. Me volví para hacer lo mismo, y sentí en medio del pecho un golpe de agua tan fuerte que me enderezaba, me ponía de pie impidiéndome el nado. En la oscuridad, la lucecita que señalaba el sitio del bote se miraba a una distancia fantástica. Me esfuerzo por soltar las piernas a la corriente, pero trago agua y siento que el ímpetu tiende a voltearme cabeza abajo. Se me escapa un grito angustioso. Los compañeros han llegado ya al bote y desde allí me gritan:

—¡Date a la corriente!

Me viro entonces, recordando en este instante el término marino que no usaba desde Campeche, y me siento levantado de una manera natural, tranquilizadora. Ya nada quedaba sino iniciar un esfuerzo de soslayo. Lo hice hacia unos ramajes; por fin, toqué fango con los pies y salté a la orilla. Pasado el susto

común, me dedicaban burlas. Desde entonces, me ha quedado el miedo al agua.

En cambio, mis progresos como jinete eran cumplidamente celebrados. Antes había montado a la buena de Dios, procurando llegar de prisa y sin preocupaciones cinegéticas. Ahora, por primera vez, disponía de tiempo y ocasión de corregir ciertos defectos y de añadir cierta destreza a mi ya reconocida resistencia. La inminencia de la rebelión armada hacía de actualidad un aprendizaje útil para el caso. Con el pretexto de ayudar en su faena a los vaqueros, entrábamos por las tardes a los potreros y correteábamos reses ensayándonos en el lazo. Mi caballo, bien adiestrado, tiraba solo, apenas sentía torcerse la reata en la cabeza de la silla... Lacé por los cuernos algunas veces, dejando al toro en manos de otro. Aun así, estuve a punto de caer, arrojado al suelo en las súbitas rayadas, salvándome algún manojo de pelo de la crin. Y sólo una vez gocé la fuerte impresión del espaldarazo del toro derribado por el peal. Fue mi fácil víctima un animal ya lazado de los cuernos. Con más frecuencia, corríamos saltando zanjones o a llano limpio, ensordecidos con el viento de los galopes.

Ya que el amable anfitrión nos creyó entrenados, organizó cacerías y excursiones. Su propiedad era tan vasta que se empleaban jornadas de caballo para atravesarla de un extremo a otro. En busca del lindero que da al río Pánuco, atravesamos un desierto de palmeras, árido y monótono. Tan extenso que en él han perecido de sed viajeros que lo atraviesan sin guía y que al perder la orientación se ponen a caminar en círculo. Para el almuerzo y la siesta, hicimos alto en un rancho; par de cobertizos de paja y una habitación de carrizos atados, encalados, piso de tierra, una mesa, un banco, dos o tres hamacas, un catre con almohadas y colchas de hilo. Sirvió el campesino

café aromático, hervido con piloncillo, tortillas de maíz pequeñas y tiernas, jocoque con miel de colmena silvestre, huevos con chorizo, frijoles y carne asada.

Cerca de las cinco, divisamos una margen arcillosa de unos veinte metros de altura. Encañonado, fluía un caudal turbio y potente, arrastrando leños, ramajes, un torbellino líquido. En él nos metimos en esquife dejándonos llevar sobrecogidos de pronto por el peligro. Pero la paciencia del remo se impone lentamente a las ondas. Al acercarnos a la margen opuesta, mengua la fuerza del agua. Sobre el banco de arcillas cuelga la selva; encima se ve una masa vegetal impenetrable. Vuelos de garzas y guacamayas provocan un tiro; luego, otro. Un ave herida se perdió fuera de nuestro alcance por la espesura inabordable.

Al regreso, lejos de sentirnos familiarizados con el líquido en marcha, parece que ha engrosado y se ha hecho más temible su corriente. A medio río, en la anchura mayor, se contempla en el fondo, hacia occidente, casi próxima y a una altura increíble, la Sierra Madre Oriental, de macizos ciclópeos. En un catálogo de las bellezas naturales del mundo, panorama tal ocuparía el primer lugar reservado a las obras maestras. Para calificar la impresión que produce de pasmo, que arrebatara el aliento, no encuentro mejor adjetivo que el *soaring* de los ingleses. No en vano son ellos peritos en materia de paisajes.

Una de las más altas bellezas que es dado contemplar al ojo humano, y una de tantas del México maravilloso, nación en que la gente acumula ignominia y horror a la par que la Naturaleza despliega inefables panoramas.

Los venados abundaban, y el puercoespín. Uno de éstos nos pasó rozando casi las piernas, una mañana, por un remanso del río. No pudimos perseguirlo, porque nos bañábamos desnudos

en compañía de unos huéspedes austriacos que pasaron dos días en la finca. Era uno de ellos un conde gordito y jovial, un poco cínico. Nos había divertido durante la cena con cuentos verdes en inglés, y ahora cantaba: *Every morning I bring you violets*. Había en su desnudez algo de cerdo limpio y rubio. La fiebre de oro negro llevaba a la comarca toda clase de sujetos. De la noche a la mañana, los pequeños propietarios del rumbo resultaban millonarios por el hallazgo de petróleo en sus fundos. Paseando por el campo, solían verse las manchas de chapopote. Por el aire, los mosquitos formaban nubes. Llevábamos hinchadas las manos de los piquetes. Por las noches, teníamos que darnos fricciones de alcohol alcanforado para aliviar la molestia del pinolillo y las garrapatas que se recogen al pasar a caballo entre los chaparros. El paludismo es por allá un riesgo descontado; inocular y se hace más o menos crónico. Cada vez que bajaba a la costa me repetían los fríos; pero al subir de nuevo a la meseta desaparecían. Y a pesar de todos los inconvenientes me hubiera quedado en esa región para siempre, como fascinado por las mañanas espléndidas, recreado con los atardeceres en el campo henchido de potencias confusas. Cada crepúsculo obligaba a quitarse el sombrero para una instintiva acción de gracias.

Con el pretexto de una batida a los venados madrugamos una mañana. Me tocó la compañía de José mientras otro grupo se apartaba, luego de concertar el sitio en que, horas después, volveríamos a juntarnos. La niebla matinal velaba prados lustrosos de rocío. Un sin fin de troncos delgados cerraba la vista. Los caballos a trote ligero nos contagiaban de su alborozo. Caminábamos sin hablar. Buscaban unos la presa entre el bosque y yo me perdía en divagación confusa y dulce. Una voluptuosidad sin erotismo emanaba de la Naturaleza

oreada y fragante. Ocasionalmente, la influencia del sexo plasma ciertas formas en la figura de sátiros y ninfas, proyección del apetito genésico en hambre. Pero también nace de la vista del campo primaveral no sé qué anhelo de superar el deseo concreto y un amor que se difunde organizando la Naturaleza en jerarquías. Mientras la vista se recreaba en el cielo y los prados, una asociación recóndita me trajo a la memoria pasajes de las *Floreccillas*, de San Francisco. Del paisaje, fluía una conversión de la existencia material en la divina. Y divagué acerca de una filosofía que incorporara la intuición franciscana a los sistemas que explican el mundo por una serie de *fiats* y transfiguraciones. La videncia artística de San Francisco revelaba el secreto del retorno de la pluralidad a una unidad, no matemática, sino artística y divina. De propósito evitaba decir: de lo particular a lo universal, porque precisamente lo característico y lo valioso de la intuición franciscana lo hallaba en que conserva el valor singular, pero purificado e incorporado a una manera de existencia mejorada. Suelto ya el ingenio, ideaba un libro titulado *Asismo*, para demostrar las tesis del tránsito de lo humano en lo divino. Sonaron en este instante a mi espalda unos disparos. Al volverme, contemplé la rápida fuga de tres o cuatro venados. A pocos pasos de donde estábamos, otro había caído. Echándose abajo del caballo, avanzó José para rematarlo de un tiro en la frente. La escena se desarrolló rápida y desagradable. Los ojos de súplica del noble animalito miraron en vano; inspiraba ternura pero una alegría irreprimible, espiritualmente criminal, arrancaba gritos y carcajadas a los cazadores. Sin duda por ser la primera vez que miraba aquello, sentía amarga la boca y un dolor casi lloroso me empañó el panorama que un momento antes era inocente y claro. Nunca he padecido

el sentimentalismo de los animales, y creo que estorban y nos distraen de reflexiones en que ellos no cuentan; pero no se puede evitar el golpe de náusea que inspira nuestra naturaleza, obligada a tomar de alimento especies repugnantes como el cerdo, amables como el cordero.

—Ya podían matar fieras —apostrofé a mis colegas—, y no pobres animalitos inofensivos.

Y como para confundirme, quiso la suerte que Federico González Garza, que se había marchado con el otro grupo, regresara tirando de un burro que cargaba la cría muerta de un tigre. Nos hicieron creer que ellos lo habían matado pero luego aclararon que se lo habían recogido al tigrero que andaba desde la mañana persiguiendo a la madre. Cada una de las haciendas de la Huasteca paga uno de esos tigreros que cazan a la fiera a garrotazos, protegiéndose con una rodela de cuero, evitando disparar, para que la piel no padezca perforaciones.

Tan bien hallados nos encontrábamos en nuestra nueva manera de vida, que nos informamos casi con indiferencia de las buenas noticias que enviaba nuestro defensor gratuito y eficaz, Jesús Flores Magón,¹ hermano de los revolucionarios, dedicado a la abogacía. De sus gestiones resultaba levantada la orden de aprehensión contra todos, a excepción de Fulgencio, a quien el porfirismo insistía en castigar como tráfuga. La

¹ Jesús Flores Magón (1871-1930). Abogado, periodista y político. En 1900, fundó el periódico *Regeneración*, junto con su hermano Ricardo. Fue expulsado del país por sus duras críticas contra el sistema judicial del régimen de Díaz. Vivió en Estados Unidos hasta 1910, año de su retorno. Regresó, distanciado del radicalismo anarquista de sus hermanos Ricardo y Enrique. Se unió al movimiento de Francisco I. Madero, quien, en 1912, lo nombró secretario de Gobernación. En 1913, fue desterrado del país por Victoriano Huerta.

imprensa, sin embargo, quedaba confiscada, y prohibida la reaparición de nuestro periódico.

Fue muy fácil tomar el tren de regreso para México y grato también recibir en la estación el abrazo de correligionarios que nos veían llegar aureolados con la primera escaramuza. En cambio, me amargaba el recuerdo de mi despacho abandonado, mis compromisos con Warner violados. Me recibió éste sin reproches, con gesto señorial, a lo “decíamos ayer”, y la vida recomenzó, en apariencia, normal. Un gran despecho, sin embargo, me roía el ánimo. Me irritaba la indiferencia del público delante de atropellos escandalosos. En los tribunales, en las esquinas, promovía discusiones con todos los que sabía de filiación porfirista. La ira me encendía el rostro. Los apáticos y los cómplices de la infamia nacional empezaron a crearme fama de exaltado.

Con Madero tuve también un incidente, por carta, originado en una actitud mía de debilidad. Le expuse que si no se preparaba una rebelión me separaba del Partido, porque no quería ser víctima de un movimiento democrático dirigido contra rufianes que sólo a la coacción y al castigo se rinden. Madero me contestó sin negar la rebelión ni comprometerse a ella. Me advirtió también que una indecisión mía, por mucho que él la sintiera, me haría más daño a mí que al Partido. Me respondió, en fin, como jefe prudente que ya era. Tomé entonces el partido de encerrarme a trabajar y a economizar, liquidando, entre tanto, mis asuntos, para quedar expedito en la lucha que seguiría a las elecciones. Si no había protesta armada, me expatriaría. No era posible soportar aquel ambiente. La patria la hemos de transformar para que sea digna de nosotros o se la deja como la dejaron tantos europeos, para crear en América situaciones mejores. A los Estados Unidos me iría, que era entonces tierra

de libertad y punto de cita de todas las razas del mundo. Aca-so podría abrirme paso en una universidad como filósofo; tal vez, por lo pronto, en un despacho internacional de abogacía podría ganarme la vida. Quedaban también hacia el sur países nuevos donde ir a fundar un destino. Cualquier cosa, menos el México porfirista corrompido, militarista, asesino. Al llegar a mi casa, contemplaba a mi hijo de pocos meses, sonriendo y nervioso; y envolviéndolo en miradas de adoración, pensaba: “Ojalá se muriera si esto no cambia”.

—Déjenme un poco de receso, pero cuenten conmigo para la rebelión —había dicho a mis amigos.

Entre tanto, González Garza y el licenciado Vázquez Gómez continuaban la propaganda intensa, se echaban encima toda responsabilidad. Verificada la Convención del Partido y, a falta de un personaje heroico, Madero fue designado el héroe. Crecía el Partido, estimulado con la persecución. La prensa y el gobierno se ensañaban en Madero y calumniaban a su familia a propósito de no sé qué negocio que en nada los deshonoraba. Un licenciado, colega de Venustiano Carranza² y después su consejero y jefe de Educación, sirvió al porfirismo de abogado en la acusación contra Madero y su familia. También Fulgencio, que con don Venustiano resultó ministro, se pasó desarmado y sin bagajes, pero con un buche de veneno, al enemigo. Por haberle servido de abogado defensor, me enteré bien de su caso. No había podido Madero satisfacer sus exigencias de dinero. Entonces, en un periódico gobiernista, publicó

² Venustiano Carranza. (1859-1921) Revolucionario y político. Presidente de la República de 1917 a 1920. En 1916, convocó a un Congreso Constituyente para reformar la Constitución de 1857. En 1917, promulgó la Constitución de Querétaro.

Fulgencio unas declaraciones en que tildaba a Madero de loco y lo dejaba, “antes de ver la República conducida al abismo”. Hizo al mismo tiempo gestiones de amnistía. Lo llamaron a la antesala presidencial para recibir su recompensa. Lo hicieron volver a diario durante una o dos semanas y entonces le ordenaron que se presentase al ministro Justo Sierra, a quien Fulgencio había atacado con injusticia y con saña. Don Justo le repitió la maniobra, lo tuvo en sus antesalas varias semanas, exhibiéndolo en público; luego lo despidió sin ayuda. El futuro pilar del carrancismo entró en la sombra. También Carranza seguía en el Senado y se postulaba como gobernador de Coahuila con la venia de Porfirio Díaz. El porfirismo nos presentaba un frente compacto. Los gobiernistas no renuncian. Los más honrados encuentran excusas para colaborar con el crimen, si hay de por medio algún gaje.

Por su parte, Madero tenía fe. Lo empujaba el poder avasallante de la verdad. En sus discursos no hacía otra cosa que hablar en público, tal como se hablaba en las conversaciones privadas. Con un párrafo de su peroración de Orizaba liquidó ante la conciencia nacional el reyismo. Era éste un partido de la gente menuda del régimen porfiriano. Celosos de los “Científicos”, sus rivales, en el favor administrativo, los reyistas no censuraban a Porfirio Díaz ni a sus métodos delictuosos de gobierno; se ensañaban en Limantour y su política económica. Denunciaban el enriquecimiento a la sombra del poder, pero buscaban el remedio en un cambio de servidores y se ofrecían para la colaboración con el caudillo. Una gran parte del elemento burocrático modesto se inclinaba al reyismo. A falta de bandera mejor, la opinión había vacilado un instante y empezaba a cargarse con los reyistas. Madero proclamó que el mal no estaba en los “Científicos” ni el remedio en los reyistas,

cuyo jefe también había tiranizado al pueblo; el mal estaba en Porfirio Díaz y sus métodos. Si México quería conquistar puesto de nación civilizada, era menester que se aprestase a condenar el despotismo crónico. Urgía una renovación total de sistemas y de hombres.

Con los reyistas, se afiliaron casi todos los intelectuales de nota y jóvenes que se iniciaban en política, pero más o menos contaminados por los favores del régimen. Jesús Urueta,³ Luis Cabrera, Zubarán,⁴ futuros ministros de Carranza, fueron reyistas y contemplaban la actividad de Madero como la aventura de un loco. Los que seguíamos a Madero éramos desconocidos como las multitudes que iba levantando a su paso. La inteligencia culta, lenta para decidirse, seguía con el viejo régimen, ya con el disfraz reyista, ya con el científico o limantourista. Nuestra generación escolar se había dividido. Los más brillantes, José María Lozano,⁵ Nemesio García Naranjo,⁶ se subordinaron a

³ Jesús Urueta Siqueiros (1867-1920). Político y periodista. Diputado de la XXVI Legislatura del Congreso de la Unión. De diciembre de 1914 a junio de 1915, se desempeñó como secretario de Relaciones Exteriores, en el gobierno de Carranza. En 1919, fue embajador plenipotenciario de México en Argentina. Colaboró en *El Siglo XIX* y en la *Revista Moderna*.

⁴ Rafael Zubarán Capmany (1875-1948). Abogado y político. En 1909, fundó el Partido Democrático. Fue secretario de Gobernación (1914-1915), en el régimen de Carranza; y secretario de Industria, Comercio y Trabajo (1920-1922), durante la presidencia de Obregón.

⁵ José María Lozano (1878-1933). Abogado y periodista. Diputado en la XXVI Legislatura. Fue secretario de Instrucción Pública (de agosto a septiembre de 1913) y de Comunicaciones (septiembre a octubre de 1913), durante el régimen de Huerta. Al triunfo de Carranza, huyó del país y se estableció en La Habana, Cuba.

⁶ Nemesio García Naranjo (1883-1962). Abogado, periodista, escritor, historiador, político y académico. Diputado en las XXV y XXVI legislaturas. Fue secretario de Instrucción Pública (1913-1914), nombrado por Huerta.

Pineda y los “Científicos”. El grupo del Ateneo se mantenía ajeno a la política, pero su mayor parte simpatizaba con el maderismo. Caso,⁷ en privado, nos hacía la defensa de Porfirio Díaz, lo juzgaba el mal menor de un pueblo inculto sin esperanza. Pero, ideológicamente, Caso seguía siendo jefe de una rebelión más importante que la iniciada por el maderismo. En las manos de Caso seguía la piqueta demoledora del positivismo. La doctrina de la selección natural aplicada a la sociedad, comenzó a ser discutida y dejó de ser dogma. La cultura y el talento de Caso aplicados a la enseñanza evitaban, asimismo, el retorno al vacío liberalismo de los jacobinos. Sin fundar clubes, la obra de Caso era más trascendental que la de no importa cuál político militante.

El gobierno se había desentendido de la campaña maderista. No lo alarmaban las multitudes que acudían a los mítines ni el florecimiento de nuestras asociaciones, por todos los rumbos del país. Pero apenas puso Madero el dedo en la llaga, apenas osamos dirigir los tiros a la persona misma del Dictador, las persecuciones se desataron también sin embozo. En vísperas de las elecciones, Madero, ya candidato a la presidencia, fue acusado de injurias al presidente y encarcelado en San Luis Potosí.

Al triunfo del movimiento constitucionalista, huyó y se estableció en EUA. En 1923, regresó al país. En 1925, ingresó en la Academia Mexicana de la Lengua.

⁷ Antonio Caso Andrade (1883-1946). Filósofo y escritor. Formó parte del Ateneo de la Juventud. Entre sus obras destacan, *Discursos a la nación mexicana* (1922), *Doctrinas e ideas* (1924), *La filosofía de Husserl* (1934) y *El peligro del hombre* (1942). Fundador de la Escuela de Altos Estudios, hoy Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM.

A los jefes de nuestros clubes en los estados se les amenazaba y perseguía. Sin órgano oficial del Partido, algunas de nuestras proclamas hallaron cabida en el diario *México Nuevo*, de un ex diputado porfirista, Sánchez Azcona.⁸ No recuerdo si fue allí donde se publicó un artículo mío que tuvo fortuna y me costó mi primer destierro.

⁸ Juan Sánchez Azcona (1876-1938). Periodista, académico y político. En Francia, fue compañero de estudios de Madero. Juntos, estuvieron en la Convención del Partido Antirreeleccionista de 1910, donde surgió la candidatura de Madero para la presidencia. Fundó el diario *México Nuevo*. Participó en la redacción del Plan de San Luis. En 1917, fue electo senador por el Distrito Federal. Posteriormente, fue nombrado embajador de México en España, Francia, Alemania y otros países, y, en 1920, participó en la Liga Democrática que apoyó a Pablo González, como candidato a la presidencia de México.

LA APOTEOSIS DEL CRIMEN

La instancia de nuestro Partido fue desechada en el Congreso con burlas. ¿Qué proponían los ilusos antirreeleccionistas? ¿Derribar un régimen de fuerza con los argumentos del *cuistre*? La nación entera parecía respaldar a sus diputados. En todos predominaba el pensamiento de divertirse. Las fiestas conmemorativas de septiembre alcanzaban esplendor de apoteosis. No por los héroes que murieron para darnos libertad, sino por el héroe de la paz, que nos la había robado.

Desde el balcón del Palacio Nacional, la noche de la fiesta cívica, el tirano había gritado: “¡Viva la Libertad!” Y una multitud imbécil, desde la plaza, levantó clamor que refrendaba la farsa. Para ellos, libertad es su noche de gritería y alcohólico jolgorio. Nada hay más antipático que el entusiasmo patriótico de un pueblo envilecido. La tolerancia del crimen en el gobierno deshonra el patriotismo que exige decoro antes que histerismo y loas. Y se torna soez toda alegría pública que convive con la impunidad, la impudicia del gobernante. Por eso es asquerosa nuestra noche del 15. Había, sin embargo, bajo la capa de lujo de aquellos festejos del Centenario, una sorda, resuelta oposición que aguardaba su instante. Una convicción de que se estaba en vísperas del castigo final hacía tolerable el bullicio.

armas; restablecimiento de las libertades públicas, de acuerdo con la Constitución; libertad a las masas obreras para organizarse; libertad electoral; libertad de prensa; redención popular por el trabajo y la cultura.

No era Madero un político de oficio ni un demagogo. Su ideología iba más allá de sus planes. Lo sostenía la convicción de que es el ideal una fuerza que acelera el progreso si encarna en hombres despojados, resueltos y honestos. No era anticlerical ni jacobino, y sí liberal tolerante con programa agrario. Creía en el poder del espíritu sobre el complejo de las cosas y los sucesos. Era, en suma, una de esas figuras llamadas a forjar la historia, en vez de seguir sus vericuetos oscuros.

Lentamente, se había planteado una lucha doctrinaria dramática. Los porfiristas, cultos y escépticos, se afirmaban en la tesis de Bulnes:¹ un pueblo de mestizos (ya lo había dicho Spencer), un agregado de *half breeds*, no podía aspirar a nada mejor que el tirano benévolo. Del otro lado, estaban los hechos patentes en la región fronteriza. Los mexicanos de Texas, no obstante su atraso técnico en relación con el *yankee*, gracias a las libertades *yankees* se regían por sí solos y prosperaban. En artículos y polémicas, echábamos mano también de argumentos arrancados a la experiencia histórica. Ningún pueblo escapaba al cargo de incultura, ineptitud y atraso. La misma Grecia de la época clásica tuvo mayoría de analfabetos y de esclavos. Y fue un asco la Inglaterra de Enrique VIII. Sin embargo, una

¹ Francisco Bulnes (1847-1924). Político, orador y periodista. Dirigió el periódico *La Libertad*. Fue redactor de *Siglo XIX*, *México Financiero* y *La Prensa*. Entre sus principales libros, se encuentran *El porvenir de las naciones hispanoamericanas* (1899), *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio* (1904) y *El verdadero Díaz y la Revolución* (1920).

minoría idealista puede en cualquier instante levantar el nivel de un pueblo: la dictadura, jamás. Era menester osar. No hay peor cobarde que el cobarde del ideal. Si los políticos griegos se hubiesen dicho: “El pueblo corrompido sólo merece látigo”, no se habrían construido Atenas ni Esparta, y Grecia sería otra Persia. El pueblo francés, pobre, inculto, analfabeto, hizo la revolución, consolidó los Derechos del Hombre, preparó con la libertad las bases de una inmensa cultura.

A la tesis de que el indio es una carga, oponíamos el hecho de que el indio clavó los rieles del ferrocarril y poco a poco, por su tenacidad y su ingenio, sin ayuda oficial, aprendió la técnica y logró manejar las vías férreas.

No estábamos ante un problema de intelectualidad, sino de honradez. Una nación entera se había desarrollado en la paz, prosperando por su trabajo, ilustrándose con los ejemplos del mundo civilizado. Dentro del mismo gobierno, los pequeños funcionarios eran modelo de asiduidad en la tarea, honestidad en la vida, patriotismo en la intención. Era natural, pues, que su conciencia chocase con el robo y el negocio de los favoritos, con el atropello y la brutalidad de los caciques locales, amparados por el Dictador. Polizontes, coroneles y matarifes oprimían anacrónicamente a una sociedad que los aventajaba. En rigor, la protesta maderista no era nueva. Cada una de las cinco o seis reelecciones había dejado cauda de mártires.

Ahora ya no sería ocasional la protesta. Un sordo movimiento de opinión empezaba a manifestarse. Por todas partes, los colegios vencían al cuartel y la población urbana se imponía a la barbarie de los campos, almacigo de militarismo y bandidajes.

Con todo, en vísperas de la acción decisiva, se multiplicaban las desertiones. Los antiguos reyistas se habían rendido y

andaban buscando acomodo. Algunos independientes, Luis Cabrera, por ejemplo, preferían volver a la vida privada, y se negaban a seguirnos en la aventura rebelde. Pesaba demasiado el precedente. Cada reelección servía para deshacer a los obstinados. Se creía en la eficacia irresistible del ejército. El más confuso escepticismo minaba la conciencia de nuestra generación. En el patio de Jurisprudencia, se producían conversaciones. Hablaba, si no recuerdo mal, Zubaran. Como reyista, se había opuesto a la reelección; pero desistía de la lucha. “En esta escuela –afirmaba– se nos engaña. ¿Para qué hablamos de justicia y moral si lo que debía enseñarse es la astucia que asegura el triunfo? A diario se enseña lo contrario de lo que el joven necesita saber: que el bien, la generosidad y el ideal son palabras para encubrir la injusticia, el disimulo, la crueldad. Un máximo de egoísmo debiera ser nuestra moral. Cada uno para sí; de esta suerte, a juego limpio, con cartas descubiertas, por lo menos nadie podría llamarse a engaño”.

Al discutir la consideración del argumento contrario, me robaba toda la energía; no asentía, pero tampoco rebatía; luego, en la calma de la reflexión, comentaba: “Está bien; la realidad nos presenta una Humanidad perversa, mezquina, confusa. Pero no sólo hay la realidad, existe también la voluntad que no se conforma y exige el bien. Los valores de la conciencia son una realidad superior que puede y debe dominar al simple caos de los hechos. Que mande el espíritu en vez de mandar la fisiología, y el país verá que su destino pega un salto”. Ese era el salto que imprimiríamos al destino de México. Para eso íbamos a la revolución: para imponer por la fuerza del pueblo el espíritu sobre la realidad; los hombres puros, creyentes en el bien, se sobreponían a los perversos, incrédulos o simplemente idiotas. Era un caso claro de la eterna pugna de Arimán contra

Ormu, y ningún hombre de honor tenía derecho a eximirse. El maderismo era una de las múltiples modalidades del heroísmo y casi una santidad; el porfirismo era la contumacia en el mal. Por encima de la política, la ética preparaba sus ejércitos y se disponía a la batalla trascendental.

Periódicamente pasaban por la metrópoli los mensajeros. Desde San Antonio, Texas, Madero nos comunicaba sus instrucciones. Las hojas sueltas del Plan de San Luis eran repartidas ocultamente en todo el territorio. Mujeres entusiastas y humildes, maestras de escuela ignoradas, consumaban propaganda intensa. Los más resueltos se dedicaban al contrabando de armas. Uno de estos contrabandistas heroicos fue Aquiles Serdán.² Lo vi pasar camino de Laredo. Era de buena familia veracruzana venida a menos; un idealista ardoroso, pálido y delgado, todavía joven. Se proponía revolucionar el estado de Puebla, feudo de un Martínez, que saqueaba el territorio a cambio de obsequios anuales a la esposa del caudillo: un pachá decrepito que se hacía llevar doncellas al mismo Palacio de Gobierno.

Regresó Serdán con buen acopio de armas de fuego, que almacenó en su propia casa, en el centro mismo de la ciudad de Puebla. Para el veinte de noviembre se había fijado la fecha

² Aquiles Serdán Alatrste (1876-1910). Comerciante y revolucionario. En Puebla funda el club político "Luz y progreso". En 1908, conoce a Madero. En diciembre de 1909, funda el Partido Antirreeleccionista de Puebla. En 1910, participó en la Convención del Partido Antirreeleccionista, donde surgió la candidatura de Madero para la presidencia de la República. Al perderse las elecciones, va en busca de Madero a Estados Unidos, para recibir instrucciones sobre el movimiento armado. Recibe el encargo de iniciar la Revolución en Puebla. El 18 de noviembre de 1910, fue detenido y, al oponer resistencia, murió en manos de las fuerzas federales.

de la sublevación general. Pero alguien efectuó denuncia y la casa de Serdán se vio cercada por la policía. Rendirse era caer bajo las balas de la ley fuga. Resultaba preferible morir resistiendo. Con un hermano, un amigo y dos hermanas luchó todo el día con la policía y las tropas de la guarnición. Los del gobierno ametrallaron la casa, mataron uno a uno a los defensores, pero no sin sufrir bajas y padecer inquietud. Una ciudad entera contempló impasible la lucha desigual en que se jugaba la esperanza de su libertad. Ni uno solo de los obreros de las fábricas próximas comprometidos en la sublevación acudió en auxilio del jefe sitiado. Heroico en su abandono, luchó éste hasta quemar el último cartucho. Entonces, exhausto y rodeado de muertos, buscó un escondite. En él lo hallaron los bravos oficiales que habían dirigido todo un ejército contra un solo hombre y a quemarropa lo asesinaron.

Un estremecimiento de espanto, mezclado de rubor, sacudió al país, que otra vez contemplaba un sacrificio estéril.

Fracasó también el veinte de noviembre el complot general. Los conspiradores de la metrópoli fueron encarcelados antes de la fecha.

Los disturbios de Torreón fueron rápidamente sofocados. Se vio que era inútil intentar revoluciones urbanas en un pueblo sin disciplina ni cohesión. Quedaba la esperanza del campo. El campo se movió con lentitud, pero con éxito. Es mucho más fácil revolucionar en el monte con la ventaja del terreno y la facilidad de la emboscada, que consumir, por ejemplo, el asalto de un cuartel. Así tomó la revolución el giro campesino que le haría abortar años después, convertida en simple venganza de una gleba desorientada. Pero, por lo pronto, nos entusiasmaban las noticias de levantamientos y combates por Chihuahua y por Guerrero. En el primer estado un hombre culto, el ingeniero

Salido, empuñó la bandera que más tarde caería en manos de Orozco³ y de Villa,⁴ palurdos. A Salido lo mataron en los primeros encuentros. Orozco y Villa, aleccionados, eludían la batalla, se solazaban en la emboscada, pegaban a mansalva. Sin este género de guerrilleros instintivos, no se hubiese oído hablar más de Madero. En Sonora otro hombre, Maytorena,⁵ sacrificó su bienestar y su fortuna para lanzarse a la lucha, arrasando consigo a los indios yaquis. En Coahuila, los Gutiérrez, Eulalio y Luis, pequeños comerciantes, se lanzaron también a la arriesgada aventura. En Guerrero, se alzaron los Figueroa, pequeños propietarios de provincia; en Zacatecas, Moya, un viejo liberal. En todo aquel primer brote de la conciencia rebelde no asomaba todavía el bandido. Y los mismos que después

³ Pascual Orozco Vázquez (1882-1915). Desde 1909, apoyó a los hermanos Flores Magón, pero, motivado por la corrupción de los políticos locales, se dedica a promover el antirreeleccionismo. Cuando Madero tomó el poder, nombró como ministro de Guerra a Carranza, ante lo cual Orozco se rebeló. Tras el golpe de Estado de Huerta, Orozco reconoció a éste como presidente, y éste lo ascendió a general de División, en 1914.

⁴ Francisco Villa (1878-1923). Se unió a la campaña maderista en 1909. El 17 de noviembre de 1910, se levantó en armas contra la dictadura de Díaz; atacó las haciendas de Cavaría, San Andrés, Las Escobas y Ciudad Camargo, en Chihuahua. Tras el asesinato de Madero, regresó a México, de Estados Unidos, y formó la División del Norte. El 8 de diciembre de 1913, asumió el cargo de gobernador provisional de Chihuahua, hasta el 8 de enero de 1914. Por órdenes de Carranza, tomó la plaza de Zacatecas el 23 de junio de 1914; esa victoria decidió el triunfo de las armas revolucionarias y la caída de Huerta.

⁵ José María Maytorena Tapia (1867-1948). Militar y político. En 1910, se adhirió a las filas antirreeleccionistas y organizó la junta revolucionaria de Nogales, para ayudar al levantamiento armado. Tras la firma de los Tratados de Ciudad Juárez, fue elegido gobernador del estado de Sonora, de 1911 a 1915.

fueron bandidos, dominados por el ejemplo de sus jefes, se portaban como patriotas.

Las instrucciones que me mandaron fueron de esperar. Tan pronto como aumentasen los núcleos rebeldes, Madero entraría al país. Al mismo tiempo, una embajada de la revolución debía constituirse en Washington. Conocedor Madero de mi experiencia en el trato de los *yankees*, me había designado para secretario del doctor Vázquez Gómez,⁶ que previamente se había expatriado, y se hallaba en la capital norteamericana. Las gestiones diplomáticas eran cada vez más urgentes, porque ya empezaban a hostilizarnos en la frontera, estorbando el tráfico de armas y haciendo pasar a los nuestros como bandoleros sin programa.

Por fin, una tarde llegó el mensajero a mi despacho de los altos del Banco. Debía alistarme; antes de dos semanas, cruzaba Madero la frontera y yo debería presentarme en San Antonio para escribir órdenes. Antes de que el enviado acabara de exponer su embajada, yo sentí que mi destino cambiaba de rumbo. Comprendí que obedecería aquellas órdenes, cualesquiera que fuesen. Esa misma noche, en el círculo de lectura de la casa de Antonio Caso, conté lo que ocurría.

Procuraban todos disuadirme, haciendo ver lo improbable del triunfo, lo terrible de las consecuencias de un destierro sin esperanzas.

⁶ Se refiere a Francisco Vázquez Gómez (1860-1933). Médico y político. Fue médico personal de Díaz. En 1910, fue candidato a la vicepresidencia de la República en la planilla de Madero, por el Partido Antirreeleccionista. Durante el gobierno provisional de Madero, fue secretario de Relaciones Exteriores y, en el régimen de León de la Barra, secretario de Educación Pública. Junto con su hermano Emilio, lanzó en octubre de 1911 el Plan de Tacubaya, donde se declaraban nulas las elecciones y disueltas las Cámaras, y se proclamaba a Emilio Vázquez Gómez presidente de la República.

Sólo Caso comprendió, y dijo:

—Es inútil cuanto le digamos, porque ni él mismo puede oponerse. Si ya sintió ese sople que dice, no tendrá más que seguirlo.

Así fue. Pero antes, el entusiasmo juvenil, la rabia acumulada, la confianza de la propia suerte, me puso a cometer imprudencias, disparates. La idea de ganarnos algunos grupos del ejército nos había conducido desde el comienzo. Se evitaría derramamiento de sangre, se consolidaría un régimen menos bárbaro que el de la chusma triunfante. Para todos estos planes me había asociado con Camilo Arriaga,⁷ un viejo luchador de la primera intentona magonista. Alguien me había presentado con dos oficiales de caballería del cuartel de Tacubaya. De uniforme asistían a juntas que celebrábamos en distintos sitios. Una de ellas en mi casa, a media noche, a inmediaciones del mismo cuartel. Mientras yo tramaba fantasías con los militares, Camilo reclutaba obreros. Con éstos y una compañía de soldados daríamos el golpe sobre la Recaudación de Rentas de Tacubaya y luego ganaríamos la serranía para unirnos a los rebeldes de Guerrero. Por una aventura así, bien valía desobedecer las órdenes de trasladarme a San Antonio. Y ocurrió lo de siempre en estos casos. Apenas se hizo un poco numeroso el grupo de los conjurados se colaron en él los traidores.

⁷ Camilo Arriaga (1862-1945). Ingeniero y político. Fue diputado federal (1890-1898). En 1900 organizó el primer Congreso Liberal; lanzó un manifiesto anticlerical e hizo una invitación para afiliarse al Partido Liberal; ese mismo año presidió el Club Liberal Ponciano Arriaga. En 1901, con Antonio Díaz Soto y Gama, firmó un manifiesto en que atacaba al régimen de Díaz. En 1902, se exilió en Estados Unidos, en San Luis Missouri. Fundó los impresos *El Demófilo*, *El Renacimiento*, *El Porvenir* (1902), *Regeneración* (1903) y *El Heraldo de México*.

A los oficiales comprometidos los apresaron; pero tuvieron tiempo de mandarnos aviso. La cita era a medianoche, frente al cuartel de caballería de Tacubaya, que tendría la puerta entreabierta. El plan era despertar a los soldados, arengarlos y salir con ellos y los oficiales nuestros cómplices. Rápidamente comunicamos contraorden. Se empleó en ello todo el día; pero no hubo tiempo de avisar a todos o alguien falló en los avisos. El caso es que se reunieron unos cuantos, se acercaron, hallaron la puerta del cuartel entreabierta. Pero algo les pareció sospechoso y los detuvo; detrás de la puerta alguien creyó reconocer al jefe de la policía en persona. Echaron todos a correr y salieron tras ellos los policías. Se cambiaron algunos disparos, no hubo heridos, cayeron presos algunos obreros, libertados a poco; pero otro obrero, en la huida, cayó en una zanja de agua fría, cogió pulmonía y murió. Se llamaba, si mal no recuerdo, Solís y lleva hoy su nombre una calle de Tacubaya.

Lo terrible de estos golpes malogrados es la suerte de los presos. Ya nos imaginábamos a los dos oficiales, nuestros amigos, en capilla para ser fusilados. En realidad escaparon después de un corto arresto y gracias a falta de prueba fehaciente. Más tarde resultaron generales de la revolución. Pero, en todo caso, los que caen se ven obligados a dar los nombres de los conjurados. Era menester ponerse a salvo. Nada valía la prisión, sino los métodos de tortura que emplea la policía con el pretexto de esclarecer la averiguación. Cada aldabonazo en la puerta me producía encojimiento penoso porque ya el porfirismo aplicaba “la tortícolis”, que ha hecho famoso al general Gómez, de Venezuela.

Otra vez había que optar entre el destierro y la cárcel. Por lo menos ahora tenía misión que cumplir en el extranjero. Fácilmente y antes de veinticuatro horas dispuse el viaje que ya estaba previsto. Redacté un informe de los negocios pendientes

y los entregué a Koch, el abogado auxiliar de Warner, mi confidente y amigo. En el despacho sólo él se enteró de lo que ocurría. Era este Koch alto, narigón, pelo castaño y ojos azules; uno de esos feos elegantes, correcto siempre y reservado en exceso. Ciertos rasgos suyos me habían seducido. Un día le vi corbata negra con su traje claro y le pregunté:

—¿Qué pasa con sus corbatas bonitas?

—Es que hace dos días falleció mi padre.

No se había retrasado media hora en la llegada a la oficina ni había traslucido la menor emoción. Tan magnífica serenidad iba acompañada de gustos literarios estrictos. Exageraba, quizá, en su devoción de Oscar Wilde, transigía con Shaw y no padecía el apetito de dinero, tan común entre sus paisanos. A Koch, pues, le dejé mi carta de despedida de Warner.

Un amigo me prestó el servicio de embarcarse por la estación con mis maletas, mientras yo abordaba el vagón una estación adelante. Desde la mañana me había despedido de mis familiares. El tren partía a las siete y media.

En el despacho se me fue el tiempo en una porción de atenciones de última hora. Serían las seis cuando di la mano a Koch en muda despedida que comentó con un cordial *Good luck*. Sin un bulto en la mano, tranquilo, como todos los días me dirigí a la escalera y empecé a bajarla a tiempo que un hombre alto, grueso, trigüeño, subía. Lo reconocí en seguida y toda la sangre se me fue a los talones. Era Pancho Chávez, el jefe de la Secreta. Me detuvo poniéndoseme delante, y cuando yo creí que me echaba mano interrogó:

—¿Dónde es el despacho del licenciado V.?

Como una iluminación vi lo que pasaba: no me conocía, en tanto que yo lo había visto varias veces a distancia. Rápidamente imaginé aprovechar mi ventaja y contesté:

—Allá, arriba, a la izquierda.

Me escurrí, mientras tanto, hacia un lado para darme cuenta de que, abajo, la puerta del Banco estaba custodiada por dos agentes.

Pero como éstos vieron mi conversación con Chávez, lo que menos se les ocurrió fue detenerme. Aparentando indiferencia crucé entre ambos. Desemboqué a la calle y procuré mezclarme a los transeúntes; apreté en seguida el paso y en la esquina me subí a un tranvía. A las dos cuadras cambié por un taxímetro que me adelantó un buen trecho. Otro taxímetro me dejó en Tacuba minutos antes que el tren. Al pasar éste, mi amigo descendió sin hablarme. Trepé, encontrando mis maletas en el vagón. A las treinta y seis horas crucé la frontera.

Los diarios *yankees* habían divulgado el escándalo de lo que se llamó complot de Tacubaya. Mi nombre figuraba entre los inodados y esto contribuyó al interés con que la prensa local me tomó declaraciones, me pidió opinión. “¿Cuántos hombres había levantados?” “¿Con qué personalidades de relieve cuenta el Partido para el caso de triunfo?” Naturalmente, cité nada más los nombres de los que ya habían traspuesto la frontera. Mencioné a los Vázquez Gómez, a los Madero y, por último, añadí, ufano:

—*Contamos hasta con un ex senador de don Porfirio*, que está ya en San Antonio: don Venustiano Carranza.

Se había disgustado don Venustiano porque su antiguo jefe no lo apoyó en sus pretensiones al gobierno de Coahuila, y al expatriarse dábamos por supuesto que se afiliaba a la revolución.

Al día siguiente me presenté en la casa de Gustavo Madero, que encabezaba la Junta Revolucionaria de San Antonio. Por la tarde releía yo con gusto mis recientes declaraciones a la prensa, cuando me llegó un recado urgente. Quería verme

don Emilio Vázquez Gómez. Acudí a su casa con el mismo que me llevaba el recado. Me recibió don Emilio con su bondad habitual; pero en preámbulo cortés advertí su intención de decirme algo que le era desagradable. Lo animé diciéndole que me tratara como subordinado; que me diera órdenes. Entonces declaró, ya casi risueño:

—Pues no, si en realidad no es nada grave; sin embargo, conviene que antes de hacer declaraciones me las consulte, porque acaba de estar a verme don Venustiano, alarmadísimo de que usted lo cita entre los rebeldes. Él está, en realidad, con nosotros; pero ¿sabe usted?, por razones de alta política todavía no conviene que se sepa.

No hablamos más del asunto; pero quedó entre los dos informado el mismo pensamiento: “Es inútil contar con estos porfiristas; lo que venga ha de producirlo el impulso franco de la gente nueva”.

Con Gustavo Madero⁸ simpatiqué en seguida. Me entregó, por lo pronto, para que la contestara, toda la correspondencia en inglés de la Junta. Entre las comunicaciones hallé una de una maestra *yankee* que contribuía con un dólar para la causa de la libertad de México. El público norteamericano estaba preparado para entender nuestra actitud y simpatizaba con ella. Veía con simpatía sincera a los que deseábamos librar a México de militares verdugos de su país, aunque siempre derrotados en la guerra extranjera. Rodeados de consideraciones

⁸ Gustavo A. Madero (1875-1913). Revolucionario, político y empresario. Hermano de Francisco I. Madero, lo apoyó durante el movimiento revolucionario y siguió a su lado, una vez que fue electo presidente. Miembro fundador del Partido Constitucional Progresista, fue diputado en la XXVI Legislatura. Durante la Decena Trágica, fue asesinado.

vivían en el destierro los jefes de aquella rebelión de la inteligencia contra la brutalidad. Los dos Vázquez Gómez dejaban las ventajas de su clientela profesional en México, sacrificaban su tranquilidad y su fortuna en bien de la patria. Gustavo Madero, hermano de don Francisco, los padres de éste, la familia toda, se reducía a vivir con privaciones, abandonaba una fortuna, para meterse a la aventura de ennoblecer a su nación. En una forma o en otra, cada uno de nosotros sacrificaba algo en favor de la causa. Estaba reservado al carrancismo convertir la revolución en oficio bien pagado. Nos hallábamos muy lejos todavía de la etapa en que el pueblo designó a los revolucionarios con el justo mote de “latrofaciosos”. A nosotros nos demostraba simpatías espontáneas la prensa que no pagábamos, la ciudadanía *yankee* que nos daba apoyo moral. Los de más tarde tuvieron amigos entre la judería de las tiendas de El Paso y San Antonio, que a precio doble, entregaban carros de mercancía a los negocios del villismo y el carrancismo. Estaba ya entre nosotros el “mala sombra” del futuro. Desde la pensión en que convivimos una docena de desterrados nos hallábamos al tanto de los más íntimos pensamientos del futuro Primer Jefe, el ex senador porfirista don Venustiano Carranza. Llevados de nuestro entusiasmo y de nuestra juvenil benevolencia, ni siquiera nos dábamos cuenta de que el ladino se hallaba marcando tiempo, espionando la dirección del éxito, mientras los revolucionarios peleaban en Chihuahua o arriesgaban la vida en las conspiraciones de toda la República. En estos días de vacilaciones y despecho, fue acumulando en su corazón el odio que después demostró a los maderistas. Por nuestra parte, no nos ocupábamos de él, no hubiésemos sabido nada de él, a no ser porque dos de los compañeros de la pensión lo visitaban

a diario. Uno le administraba el cerebro: Juan Sánchez Azcona; el otro, Eugenio Aguirre Benavides,⁹ le prestaba el valor. Su compromiso consistía en entrar a Coahuila como rebelde al frente de un grupo armado; y sucedió que Sánchez Azcona llegó un día tarde a la mesa común y exclamando: “Ya le dije a don Venustiano que de él va a decir la historia que iba a entrar a la revolución... Todos los días me obliga a presentarle nuevos borradores, nuevas enmiendas al manifiesto que piensa dirigir a sus coterráneos de Coahuila... ¡Nunca he visto hombre más indeciso...!” El otro consejero, jefe del estado mayor futuro, no hablaba de Carranza, pero lo veíamos actuar. Hombre leal, resuelto, prototipo de pundonor y valentía, Eugenio Aguirre pasó bochornos por causa de su jefe. Con todo el misterio necesario se despidió de nosotros una vez; lo abrazamos, nos enterneceamos; iba a desafiar la muerte. Regresó antes de cuarenta y ocho horas, todo confuso: don Venustiano no se había decidido –“todavía no convenía”–, y así se perdió entre nosotros hasta el recuerdo del ex senador opacado por el brillo de las acciones de armas, por el civismo esclarecido de los conductores del movimiento maderista.

En Casas Grandes se habían batido los nuestros con el jefe de estado mayor de Porfirio Díaz y le habían dejado sin brazo. En esta acción de intelectuales contra militares juntaron sus esfuerzos los maderistas con el propio don Francisco a la cabeza, y antiguos “colorados” magonistas, cuyo lema, “Tierra y Libertad”, entusiasmaba al campesino. Allí luchó Lázaro

⁹ Eugenio Aguirre Benavides (1884-1915). Militar. Se unió al movimiento maderista. En 1912, combatió a Pascual Orozco. En 1913, tras la Decena Trágica, combatió a Huerta a lado del Ejército Constitucionalista.

Gutiérrez de Lara,¹⁰ iniciador del socialismo mexicano, orador, escritor, con relaciones internacionales. Cierta libro suyo sobre México rueda todavía por las bibliotecas universitarias de Estados Unidos. Muy lejos estaba entonces de imaginar que no eran los porfiristas quienes le cortarían la cabeza, sino la revolución en la etapa de las traiciones y cuando un Plutarco Calles¹¹ fuera gobernador carrancista.

Dentro de los Estados Unidos se movían los dos bandos desarrollando actividades peligrosas y en ocasiones decisivas. Porfirio Díaz gastaba sumas enormes pagando esbirros que denunciaban los contrabandos de armas y procuraban por todos los medios el encarcelamiento de los que trabajábamos en los Estados. Un hermano de Plutarco Elías Calles, el conocido polizonte Arturo Elías, inventaba correspondencias para forjar acusaciones de violación de las leyes de neutralidad, sobornaba empleados del correo y del telégrafo. Nos defendía a nosotros en San Antonio, a crédito, un abogado mexicano-americano, Samuel Belden, magnífico amigo que compartía nuestros ideales. En Washington, el doctor Vázquez Gómez contrarrestaba en lo posible las intrigas del embajador de Porfirio

¹⁰ Lázaro Ildefonso Gutiérrez de Lara Salazar (1870-1918). Abogado, periodista y escritor. Dirigió *El Porvenir* y cofundó el periódico *Revolución*. Fue líder obrero en la huelga de Cananea, en 1906.

¹¹ Plutarco Elías Calles (1877-1945) Militar y político. Fue gobernador de Sonora en tres ocasiones: 1915-1916, 1917-1918 y 1918-1919. Fue secretario de Industria, Comercio y Trabajo (1919-1920), secretario de Guerra y Marina en dos ocasiones (1920 y 1931-1932), secretario de Gobernación (1920-1923), secretario de Educación Pública (1929), y secretario de Hacienda (1933-1934). En 1920, junto con Obregón y De la Huerta, proclamó el Plan de Agua Prieta, en contra del gobierno de Carranza. Presidente de la República, de 1924 a 1928. Entre 1926 y 1929, encabezó la llamada Guerra Cristera.

Díaz, que pretendía hacernos pasar como anarquistas, pidiendo sanciones de expulsión, con entrega a las autoridades de México. Después de dos semanas en San Antonio salí para el puesto que me había confiado Madero, de secretario de la Misión en Washington.

Me detuve en Nueva Orleans, a medio camino, para visitar a Pino Suárez,¹² que acababa de huir de Yucatán. Lo encontré firme, inteligente, modesto. No pude resistir el encanto de la ciudad, y me quedé en ella dos días. Era interesante de noche, cuando refrescaba la brisa y las hermosas criollas, mezcla de colono francés y de *yankee*, paseaban su lujo de tocados claros, por las avenidas iluminadas. Se las veía también, osadas y bien puestas, en los restaurantes y los vestíbulos de los teatros. Sensuales mujeres de tipo moreno, con piel muy blanca y formas turgentes. Se nos va quedando castrada la ambición de tanto ver sin posibilidad de que se colme la apetencia.

El tormento de estas aglomeraciones urbanas que ponen la tentación delante, pero con el letrero tácito: “Se prohíbe tocar”, es la causa del arrebato con que se lanza la juventud a la sección que antes se llamaba de los *red lights*, y que ocupaba en Nueva Orleans todo un extenso arrabal. El espectáculo era magnífico. Abundaban los bares de puertas abiertas y público sediento. Bellezas desenvueltas transitaban por el arroyo bajo

¹² José María Pino Suárez (1869-1913). Político, abogado, poeta, periodista y revolucionario. En Yucatán, dirigió el periódico *El Peninsular*. Afiliado al Partido Antirreeleccionista, participó en la campaña política de Madero. Organizó los grupos de oposición en Tabasco y Yucatán. Fue gobernador provisional de Yucatán (1911), presidente del Senado (1911-1912), secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes (1912-1913), y fue el séptimo y último vicepresidente de México, de 1911, hasta su asesinato, en 1913, durante los eventos de la Decena Trágica.

el cielo plácido. Algunos encuentros ponían a palpitar el corazón. A lo largo de una serie de callejas sombrías, puertas iluminadas o ventanas, denunciaban interiores de blanda espera amorosa. Ruegos formulados en todos los idiomas invitaban a pasar, y no era fácil decidirse entre francesas, alemanas, italianas, cubanas, mexicanas. En el mundo cosmopolita de entonces, Nueva Orleans contaba entre las metrópolis de la sensualidad y el libertinaje. Al extremo de la sección alegre encontrábase el mercado de las beldades negras con clientela numerosa de blancos. Un prejuicio todavía invencible, una suerte de conmisericordia, pero no caridad, sino más bien pueril repulsa, me apartaba aún de la raza de color; me impedía simpatizar con los bailes y los gritos del vaudeville negro. Tímidamente comenzaba éste a lanzar sus anzuelos en busca del aplauso y el oro de los amos de la Louisiana del 1900. La evidencia, la irremediable existencia de aquellos millones de seres colocados fuera del radio de nuestra sensibilidad, distantes de nuestra simpatía, me provocaba encendida protesta contra la obra de la Naturaleza. Reparto desigual y mezquino de los dones. A unos cuantos el poder, la belleza, la gloria, y a otros, la maldición física del rostro subhumano y en el alma la ambición, la inteligencia del poderoso y el afortunado. Sólo muchos años más tarde, en un viaje por las Antillas, habría de compenetrar mi sensibilidad con la del africano. Por ahora, en la época del relato, salí de Nueva Orleans en la actitud moral necia de quien compadece a sus hermanos negros.

LOS ARREGLOS DE CIUDAD JUÁREZ

Contemplando desde afuera el panorama político de México, se veía muy claro. Las detalladas informaciones de la prensa, las declaraciones gubernamentales, daban una visión que permite deducir el momento que sigue. Era evidente que el ciclo porfirista se acercaba a su término. La rebelión del sur amenazaba la capital, y en sus calles, después de la toma de Ciudad Juárez, se habían producido manifestaciones tumultuosas y sangrientas para exigir la renuncia del Dictador. Enfermó éste, y rodeado de una camarilla inepta, no le quedaba al régimen otro camino que el que adoptó sin demora: el de transacción con los rebeldes. Se discutió mucho acerca de la conveniencia de los llamados arreglos de Ciudad Juárez, desde el punto de vista de los revolucionarios. Es evidente que en unas semanas más de lucha, el porfirismo habría sido barrido sin condiciones y exaltado Madero a la presidencia. Se hubiera ahorrado así el país todo el inquieto y peligroso período del interinato del señor De la Barra.¹

¹ Francisco León de la Barra (1863-1939). Político y abogado. Diputado al Congreso de la Unión; embajador de México en distintos países de América y Europa durante el Porfiriato. Presidente interino, de mayo a noviembre de 1911.

Desde Washington yo aconsejaba tal proceder contrario a los arreglos. Y durante mucho tiempo el elemento más radical de la revolución, culpó a Madero de debilidad por haber pactado con el enemigo. Pero es un hecho que así pensábamos los no combatientes. En cambio, los que estaban en el campo se regocijaron, en su mayoría, de la pronta terminación de la lucha armada. Se ha repetido que los tratados de Ciudad Juárez fueron el comienzo de la claudicación revolucionaria. Por mi parte, después de una larga experiencia de los manejos de las revocaciones, he reconocido no sólo la sabiduría del acuerdo, sino que también creo haber adivinado los motivos que determinaron la decisión de Madero. Más aún, creo haber oído al propio Madero explicarla, como se verá en seguida.

En resumen: los pactos determinaban la renuncia inmediata de Porfirio Díaz como presidente de hecho, y de Madero como presidente electo. El reconocimiento de la Cámara de Diputados como organismo necesario para la técnica del cambio de régimen y la convocatoria de nuevas elecciones que se verificarían bajo la presidencia de un neutral, elegido de común acuerdo. Al proceder de este modo se retrocedía, reconociendo cierta validez del gobierno que combatíamos, se aplazaba el cumplimiento del Plan de San Luis, y quedaban pendientes las reformas económicas y políticas prometidas a la nación.

A Madero le pareció fácil, y lo era, convertir el Plan de San Luis en programa del Partido que ahora lo postularía de nuevo a la presidencia. De esta suerte, las reformas se consumirían más sólidamente por medio de una evolución jurídica, y ya no por obra de un movimiento armado. Los intereses populares quedaban garantizados y, en cambio, se ganaba una ventaja que, Madero acababa de verlo, no tenía precio: se liquidaba la revolución; libraba a la patria de los revolucionarios.

La sublevación abortada de Pancho Villa y Orozco, el trato directo con el sujeto revolucionario, habían convencido a Madero de los peligros que corría no sólo el nuevo régimen, sino todo el porvenir patrio, si crecía el poder de los cabecillas ignorantes, crueles y codiciosos. Con la clarividencia que le era propia, Madero sintió que al consumir los pactos de Ciudad Juárez moralmente licenciaba a toda la cáfila que ha estado ensangrentado el país, de la muerte de Madero a la fecha. Todo el carrancismo había recibido finiquito anticipado en Ciudad Juárez. Y es curioso advertir cómo los futuros incitadores de la chusma, los carranclanes de mañana, los radicales de la hora del triunfo, los ex reyistas, eran ya los más enconados censores de los convenios de Ciudad Juárez. ¿Para qué tanta pelea y tanto ruido revolucionario si no había botín? ¿Si en los puestos más jugosos iban a quedar, así fuese por seis meses, los porfiristas? En contra, pues, del error de los unos, de la ambición y desenfreno de los otros, Madero opuso su certera visión de patriota. Al firmar él los pactos de Ciudad Juárez, que procuraban contener los bandidajes en que degeneran las revoluciones prolongadas, Madero se libró de la responsabilidad de cuanto ha venido después. La responsabilidad corre entera a cargo de los que mataron y traicionaron a Madero, en primer término, y en seguida, a cuenta de Carranza, que deliberadamente y por ambición de dominio, convirtió una revolución de ideas, en competencia caníbal de politicastros incondicionales y bandidos analfabetos.

Madero, pues, patrióticamente, valientemente, sin importarle si el pueblo le volvería o no al día siguiente la espalda, renunció al poder, y de general victorioso pasó a ciudadano sin fuero y sin mando. El valer de Madero estaba en su propia personalidad egregia. Los que le han seguido no sobreviven

una hora al instante en que se les despoja del mando. Porfirio Díaz también, con su renuncia, se hizo acreedor al respeto de sus enemigos. El nivel de la política nacional alcanzó un instante de altura poco común en nuestra oscura y lamentable historia.

En aquellos comienzos todos nos sentíamos generosos, todos renunciábamos con el triunfo en la mano. Se consideraba que los puestos públicos, refugio de mediocres, no eran premio adecuado. Nos bastaba con la gloria, que ya cantaba en torno a nuestros nombres sus estrofas melodiosas. El mismo día en que por obra de los pactos cesó nuestra agencia en Washington, salí yo de la metrópoli *yankee* sin visitar la Legación mexicana. Regresaba ansioso de volver a mis trabajos profesionales y reconstruir mi posición económica quebrantada. En la ausencia me había nacido una hija. Tenía, pues, que trabajar por alguien más. Por vía de despedida mandé a Carlos² un poco de dinero, avisándole que pronto mandaría por él. Uno de los más crueles remordimientos de toda mi conducta de hombre es no habérmelo llevado esa misma ocasión. Juntos debimos regresar; pero ¿qué significaban, no estando yo enterado de que estuviese enfermo, uno o dos meses más? Al contrario, un mal entendido y exigente puritanismo me aconsejó no presentarme con él a la hora del triunfo como si los dos acudiésemos a pedir recompensa. Seguiríamos como estábamos antes, y sólo lentamente aprovecharíamos las ventajas legítimas que da el trabajo dentro de una ocasión favorable lo mismo que en la ocasión adversa. Por otra parte, nos tomó a los dos un extraño optimismo. Me escribió él que no tenía prisa de regresar, que quería terminar cierto curso, pasar el verano en una playa;

² Se refiere a su hermano Carlos Vasconcelos Calderón.

sabe Dios. Apenas recuerdo los pormenores de aquellos días agitados por la ilusión de un porvenir sin escollos. En todo caso, y tratándose de Carlos, no eran enfermedades lo que temía, sino uno de esos accidentes con las máquinas que privan al trabajador de una pierna o de un brazo, inutilizándolo en forma peor que matándolo. En fin, mientras el tren resbalaba hacia la frontera, procuraba desechar preocupaciones; tan pronto como yo me instalase mandaría por él. Tan luego como ganara dinero alquilaríamos un rancho, compraríamos un pedazo de tierra. Carlos se pondría a administrarlo. Las sobras de mi despacho se emplearían, así, con fruto. Detrás iba quedando la visión de los parques de Washington, al final de la primavera. Los duraznos en flor y los arroyos de agua clara, las pantorrillas con media de seda de las mujeres sajonas; todo aquel mundo se volvía un sueño. La vida era un vasto, armonioso concierto de alegría y poder.

En San Antonio alcancé a unos cuantos rezagados. Se hacían comentarios adversos a los arreglos de Juárez; todos sentíamos que la parte material del triunfo se nos escurría de las manos. Sólo Madero, imperturbable, cumplía los acuerdos con lealtad; se desprendía de honores y de escoltas, miraba confiado el futuro, abarcaba la significación de su provisional sacrificio. No debería el poder a las armas turbias de un Pancho Villa o de un Orozco, sino a la nueva elección en que el pueblo lo investiría del mando. Sentaba así un precedente. Bastaba ya de jefes que se encumbran sobre la sangre de sus compatriotas; él no entraría a la capital a la cabeza de un ejército que ha matado hermanos, sino aclamado como libertador y reformador de todo un pueblo.

Por invitación bondadosa de don Francisco Vázquez Gómez, regresaba yo a México en el mismo vagón en que él viajaba. No era un vagón especial, sino coche pullman, dormitorio

ordinario, y cada cual había pagado su cama como cualquier viajero, no obstante que el doctor iba a tomar posesión de un Ministerio. En cambio, qué dulce sabor tenían las aclamaciones que cada población de tránsito nos dedicaba con músicas y cohetes y trompetería. Popularidad ruidosa, emoción agradecida, fervorosa: ¡cuánto dieran por gustarla, una vez siquiera, todos esos que llegan a la fama envuelto el nombre en el miasma de la matanza!

A medianoche nos despertaba el grito de la multitud o ya de retirada nos despedía el eco de las dulces músicas aldeanas. Reconocíamos la caricia de la gloria sin resabios. En los vítores resonaban nombres limpios: Madero, los Vázquez Gómez, Roque Estrada, González Garza, Pascual Orozco, el mío. ¡Ningún asesino amargaba el entusiasmo patrio! Aquello era ya un significativo avance nacional. Ninguno de nosotros abrigaba ideas de venganza. Lo de Ciudad Juárez había sido un abrazo sincero y ahora exigíamos una patria libre y maternal para todos sus hijos. En pijama nos asomábamos a las ventanillas para recibir el saludo de la gente. Los demás viajeros sacaban también las cabezas, curiosos; en la penumbra del sueño interrumpido quedaban los nombres de los recibimientos más calurosos de todo el trayecto: Saltillo, Monterrey, Vanegas. Por debajo de la cama rodante, la estridencia de las carrocerías ensayaba arreglos melódicos en que algún calderón de riel sonoro hacía de nota dominante. Cerrábanse los párpados pensando: “No cabe duda; así es la gloria, tumultuosa, deleitable”. Además, coronada con una promesa que había visto brillar en los labios de una de las más célebres beldades de la capital, que habiendo subido en alguna ciudad del norte asomaba el busto elegante para presenciar las manifestaciones. En la cartera traía otra evidencia de mi súbita fama. Por conducto de mi

padre, que estaba en una aduana de Sonora, me había llegado una de las postales que cargaban las tropas revolucionarias; contenía el retrato de los caudillos civiles del más civil de los movimientos políticos de toda la historia de México. La que tenía mi retrato reproducía la frase de aquel artículo que me costó los dos meses amargos de mi primer destierro: “Podrán vernos, podrán humillarnos; pero hay un tesoro que nadie nos puede arrebatar: el porvenir...” También este sabor agri dulce de recordar la pena en el triunfo era sabor de gloria... Más tarde, en la capital, me obsequió alguien una colección entera de estas postales revolucionarias del maderismo: los tres Madero: Francisco, Gustavo, Raúl;³ los dos Vázquez Gómez, don Manuel Bonilla,⁴ Maytorena, González Garza y Roque Estrada. Se pasaba la vista sobre todos aquellos rostros sin el menor gesto de repulsión. A la hombría de bien juntaban todos el pensamiento. No se coló entre nosotros ningún patibulario de los que más tarde han convertido la galería de la revolución en un museo de los tipos y variedades de la criminalidad.

³ Raúl Madero González (1888-1982). Militar y político. Hermano de Francisco I. Madero, tras la muerte de éste, se incorporó a la fuerzas de Villa, hasta la conclusión de la Revolución. Fue gobernador interino de Coahuila (1915) y constitucional (1957-1963), y gobernador provisional de Nuevo León (1915).

⁴ Manuel Bonilla (1867-1957). Ingeniero y político. Fue ministro de Comunicaciones, en el régimen de De la Barra, y secretario de Fomento, en la presidencia de Madero. Tras la Decena Trágica, se suma a la lucha constitucionalista. Debido a diferencias con Carranza sale del país. En 1914, regresa y se convierte en uno de los ideólogos de Villa. En 1929, apoya el movimiento vasconcelista.

LA CONVENCIÓN DEL HIDALGO

Para poner término a la desorientación causada por la incertidumbre de la candidatura vicepresidencial, acordamos apresurar la Convención del Partido. Al mismo tiempo, para arraigar éste en la conciencia nacional, decidimos dar una amplitud sin precedentes a la reunión pública indicada. Al efecto, convocamos a delegados de cada uno de los distritos electorales del territorio patrio. Según pronto comprobamos, la ponzoñosa campaña de la prensa de la capital no había hecho mella en el ánimo provinciano. De todos los rumbos nos llegaban adhesiones firmes. El gobernador de Sonora, Maytorena, me había hecho su apoderado; de las aldeas de Coahuila y de Tamaulipas me llegaban representaciones. Cuando acudimos a la Convención del Teatro Hidalgo, mis cuarenta votos reconocidos en un total de no más de quinientas representaciones, me daban fuerza personal como votante, inferior sólo a la de Gustavo [Madero] que representó una liga de Clubes de Nuevo León y Coahuila, con cerca de ochenta votos.

Desde las primeras sesiones apareció la Convención dividida en dos bandos irreconciliables: maderistas y vazquistas.

Para la Mesa, por lo tanto, los que teníamos mayoría elegimos algunos neutrales. Nos presidió, si mal no recuerdo, Camilo Arriaga. En general, procuramos hacer sitio de honor para la minoría de los antiguos revolucionarios magonistas. Ellos atestiguarían y en caso necesario mediarían en un conflicto que nos apesadumbraba. Iniciamos la Convención con una mayoría segura, no obstante que no teníamos cargos en el gobierno, y en cambio los vazquistas contaban con dos ministerios, uno de ellos el de Gobernación.

Versaron las discusiones, en primer lugar, sobre el programa de gobierno. En la cuestión social no hubo mayores discrepancias porque todos estábamos de acuerdo en desarrollar los lineamientos del Plan de San Luis, intensificando una política de defensa de los recursos nacionales; suspensión inmediata del sistema de concesiones a compañías extranjeras y fraccionamiento gradual de la propiedad raíz. Los obreros también estuvieron representados en la asamblea; sus organizaciones crecían rápidamente, preparándose para las luchas del mañana. Por lo demás, había común acuerdo para llevar a la presidencia al héroe que tenía la responsabilidad de la situación nueva. Se consolidaría de esta suerte el triunfo revolucionario y quedarían asentadas las bases de un desarrollo acelerado. Los zapatistas hicieron oír su voz en la asamblea, no obstante el estado de rebelión de su jefe. Pedían el reparto inmediato de las tierras. Nosotros no queríamos repartos a base de servicios prestados a la revolución, sino una reforma agraria que garantizaran al labrador. No queríamos una nueva casta de propietarios reclutados entre la soldadesca victoriosa, sino una serie de medidas agrarias que, aumentando la producción, destruyeran el latifundio. El plan zapatista de ocupar fincas por la violencia y repartirlas a los soldados era el antecedente

del plan de Lucio Blanco¹ en los comienzos del carrancismo y de los apoderamientos de tierra que Carranza no pudo evitar durante su régimen anárquico. El plan de Madero, en cambio, suponía una política de consecuencias progresistas. De haber triunfado, de haberse impuesto el maderismo, no habrían aparecido jamás los latifundios revolucionarios de los Álvaro Obregón² en Cajeme, de Plutarco Elías Calles en el Mante, de Pablo González³ en Morelos, de Amaro⁴ en Durango, etcétera. Fácil nos fue en la Convención derrotar a los pseudo-extremistas que se imaginan avanzados porque practican el método romano de asignar la tierra a quien la conquista.

En la cuestión religiosa nuestro triunfo fue arduo. Se trataba de quebrantar una tradición maldita y no faltaban en nuestras

¹ Lucio Blanco (1879-1922). Militar. Desde 1909, colaboró en las filas antirreeleccionistas. Tras la Decena Trágica, firmó el Plan de Guadalupe. En 1913, junto con Francisco J. Múgica, realizó el primer reparto agrario en el norte del país. Fue ministro de Guerra en el gabinete de Eulalio Gutiérrez.

² Se refiere a Álvaro Obregón (1880-1928). Militar y político. En 1910, apoyó a Madero. En 1913, tras la Decena Trágica, se unió a Carranza para combatir a Huerta. En 1914, derrotó a Pancho Villa y fue nombrado ministro de Guerra por Carranza (1916-1917). Fue presidente de México de 1920 a 1924; su gobierno continuó la pacificación del país e inició el reparto de tierras.

³ Alude a Pablo González Garza (1879-1950). Militar. En 1910, se sumó a la Revolución y combatió a Huerta, tras el asesinato de Madero. En 1915, apoyó a Carranza y hostilizó a Zapata, en Morelos, en 1916 y 1918. Se sublevó en 1919 contra Carranza, al perder las elecciones presidenciales contra Obregón, por lo cual fue condenado a muerte. Finalmente, en 1920, fue desterrado y se exilió en Estados Unidos.

⁴ Joaquín Amaro Domínguez (1889-1952). Militar. En el año de 1920, se adhirió al Plan de Agua Prieta, al lado de Obregón y Elías Calles. Fue secretario de Guerra y Marina en dos ocasiones (1928-1930 y 1930-1931) y secretario de Educación Pública (1929-1930).

filas los rezagados del seudoliberalismo que reclamaban la aplicación literal de las Leyes de Reforma. A don Porfirio nunca se habían atrevido a exigirle la clausura de los conventos, ilegales conforme a la Constitución. En nuestra lucha por la rehabilitación de las instituciones tampoco contribuyeron los comecuras más o menos apegados al porfirismo. Pero llegado el momento en que se podía actuar con impunidad, ¿cómo iban a faltar sus gritos destemplados? Los derrotamos fácilmente porque no estaba en el ambiente la discordia religiosa. Y aunque a los líderes del maderismo, los católicos en sus diarios nos trataban con injusticia, ninguno de nosotros se dejó llevar de la pasión personal. Todos o casi todos conveníamos en la lealtad del punto de vista de Madero. Creía éste que la política de conciliación, uno de los aciertos de Porfirio Díaz, debería ser elevada a la categoría de ley. Pues si ya se había establecido una práctica que toleraba los conventos, ¿por qué no reconocerlo públicamente? ¿Por qué no derogar, además, las disposiciones ridículas que vedan el uso del hábito eclesiástico y las ceremonias externas del culto? Sonaba la hora de la concordia, y era menester que, como en todos los pueblos civilizados de la Tierra, en México también tuvieran los católicos reconocido el pleno derecho que dimana de sus convicciones.

No había razón, por otra parte, para que instituciones públicas como hospitales, universidades, obras de beneficencia, siguiesen privadas del derecho de poseer y administrar bienes raíces, tal como lo hacen en la próspera nación norteamericana. La doctrina entera de las Leyes de Reforma estaba reclamando la *reforma*. Así lo declaró en su discurso-programa Madero, sin despertar alarmas y, al contrario, aclamado fervorosamente por los católicos. O más bien, por los no católicos, pues los católicos súbitamente ultramontanos no se conformaban y querían

más y soñaban con De la Barra presidente. Andaba éste medido entre curas, pero nunca se había acordado de la Iglesia en sus años de profesor laico de un instituto como la Escuela Nacional Preparatoria. Madero, en cambio, obraba por generosidad y cultura. No se le estimó la intención. El apoyo y el aplauso lo reservaron para el fariseo. Aún no acaban de pagar su yerro los católicos mexicanos.

Un ex profesor de la impía Preparatoria resultaba ahora caudillo de la Iglesia. En cambio, Madero atacaba a la Preparatoria por su materialismo, base de la inmoralidad porfiriana. Toda la sociología evolucionista, con su doctrina de la supremacía de los fuertes, se había derrumbado con la insurrección popular y Madero quería suplirla con normas espirituales, cristianas y libres a lo Tolstoi.

Su preocupación cardinal era cambiar la índole sanguinaria, mezquina, de la tradición nacional, por una disposición más humana, civilizada y espiritual. Tan moderno y tolerante era el ambiente de la asamblea, que bastó con unas cuantas risas para acallar y poner en ridículo la oratoria del 18 de julio, que pedía revivir las medidas de hostilidad contra el clero.

No hubo discrepancias importantes en la cuestión de principios; en cambio, al llegar a la discusión de las personas, la escisión se marcó violenta. Según los vazquistas y por boca de su jefe accidental, Luis Cabrera, los miembros de la asamblea no debían elegir vicepresidente a quien les pareciese, sino que la fórmula Madero-Vázquez Gómez debía subsistir. Con paciencia y buena disposición procuramos demostrar que, no había de por medio intriga ni empeño de sacar adelante un candidato. Cualquier fallo de la mayoría nos dejaría satisfechos. Tras de discutir varias candidaturas, por mayoría se aceptó la de Pino Suárez, hombre sin tacha. Hicimos constar que no negábamos

los méritos de Vázquez Gómez; pero cedíamos a la necesidad de constituir un gobierno homogéneo.

En vez de aceptar francamente la realidad de todos conocida, sobre la existencia de desacuerdos graves entre los Vázquez Gómez y Madero, los vazquistas llamaron a éste a la asamblea para preguntarle si se negaba a colaborar con Vázquez Gómez. Madero contestó que acataría cualquier acuerdo de la Convención. Se nos dejó a nosotros toda la responsabilidad del desahucio de Vázquez Gómez. No la rehuíamos, aunque acarrea impopularidad. No éramos todavía gobierno y ya nos echaban encima el cargo de impositonistas, o sea, defraudadores del voto público. No ocupábamos ningún puesto y ya Luis Cabrera se vengaba de quienes, como González Garza o como yo, aceptamos los riesgos de la rebelión mientras él se mantuvo a la expectativa. Detrás de Cabrera, otros muchos se declararon campeones del sufragio a la vez que fomentaban suspicacias en torno a nuestros hombres ayer aclamados. Al dar en alta voz mi voto casi decisivo en favor de Pino Suárez, un grito sonó entre los siseos de los vazquistas: “Ya te ganaste el Ministerio”. Tan imbécil injuria me convenció de que la razón estaba de nuestra parte, y a los que quisieron oírme les dije:

—Gano en mi despacho en un mes lo que un ministro en un año.

Por otra parte, no quería cargo público porque no reconocía en la multitud el derecho de juzgarme. Salí triunfante de la Convención, pero asqueado de aquel primer contacto con las ambiciones del poder. Si no era posible aplastar en el juego político a los integrantes, era mejor retirarse a la vida independiente.

La oposición de todos los matices no tardó en difundir la ponzoña inoculada por Luis Cabrera. Desde entonces cargó

el maderismo con la imputación de violar el voto público. La revolución, aseguraban, salía dividida del Teatro Hidalgo. En efecto, hubo división porque no aceptaron su derrota algunos vazquistas; pero no mayor de la que ya había. Y que no fue desacertada nuestra decisión lo prueba el hecho de que el mismo Cabrera, acatándolas, se convirtió en consejero íntimo de Pino Suárez, vicepresidente. No volvió a recordar a los vazquistas vencidos; pero el rumor de su calumnia sirvió a la canalla política para desacreditar al maderismo. A ninguno de nuestros técnicos en política se le ocurrió reconocer que, en la más rigurosa democracia, un partido tiene no sólo el derecho, también la obligación, de no imponer a su jefe un enemigo personal en el puesto de la vicepresidencia. Una defensa elemental de nuestra unidad era calificada de imposición antes de que las elecciones se consumasen. Y lo más extraño es que la torpe censura nos llegaba envuelta en el encono más implacable. Toda una sociedad podrida parecía resentir nuestro esfuerzo por regenerarla. Y, en efecto, ¿a dónde iban a parar cien años de historia sombría si de repente un Madero, sin hazañas de sangre, levantaba el nivel nacional, iluminaba los bajos fondos de nuestro destino? Todo un pasado de horror exigía que no se removiese más, que no se produjese el contraste de un gobernante talentoso y honrado y la acción cavernaria de sus antecesores. Era necesario acabar con aquel petulante que sin duda era un hipócrita. Desde antes que apareciese la figura patibularia de Victoriano Huerta,⁵ cierta opinión clamaba por

⁵ Victoriano Huerta (1854-1916). En diciembre de 1900, combatió a los yaquis, en Sonora, y, en 1902, a los mayas en Yucatán y Quintana Roo. En 1910, reprimió a los zapatistas en Morelos y Guerrero. En 1911, durante el interinato de León de la Barra y hasta el nombramiento del presidente

otro asesino en el mando. ¿Qué era eso de la bondad, la libertad y el talento en el gobierno? Que se fuera a Suiza con esa canción aquel Madero exótico. ¡Lo que México necesitaba, era otro Porfirio Díaz! Torva intención dentro del rostro mudo. Cruel la mano contra quien ose pensar y ser libre. La vieja sensibilidad azteca humillada el siete de junio con las apoteosis de aquel blanco, resuelto a no matar, se removía ofendida anhelando la reaparición de su representativo, el tirano zafio. Y así fue como propagó el grito infame: “Pino... no; Pino, no”. Lo repetían los ex porfiristas, los próximos huertistas, los futuros carrancistas. Pino era un patriota limpio de sangre.

Madero, acometió contra los seguidores de Zapata, que defendían el Plan de Ayala. En febrero de 1913, tras la sublevación dirigida por Reyes y Mondragón, Huerta liberó a Félix Díaz, quien lo nombró comandante militar de la ciudad de México. Unos días después, propinó un golpe de Estado que culminó con el asesinato de Madero y Pino Suárez, el 22 de febrero, y asumió la presidencia de la República de 1913 a 1914, instalando una dictadura militar y disolviendo el Congreso de la Unión.

OTRA SUBLEVACIÓN

Por más que deseaba no ocuparme de la política, los acontecimientos obligaban a la acción. Estaba preso el general Bernardo Reyes,¹ quien, al fracasar en una intentona sediciosa, se rindió sin condiciones. Y ahora sobresaltaba al país la noticia de que Félix Díaz,² sin más títulos que el de *sobrino* del Dictador, se declaraba rebelde apoderándose de la plaza de Veracruz, mediante el soborno de un par de regimientos. En

¹ Bernardo Reyes (1850-1913). Militar y político. Comandante militar de Nuevo León (1885), y gobernador del estado dos veces (1885-1887 y 1889-1909). Ministro de Guerra y Marina (1900-1903) en el régimen de Díaz. En 1909, fue propuesto para la presidencia de la República; esto lo enfrentó con Díaz, y tuvo que salir “comisionado” a Francia. A su regreso, se encontró en plena Revolución. Toma parte en la asonada del 9 de febrero de 1913 para tomar Palacio Nacional. Muere en el intento.

² Félix Díaz Prieto (1868-1945). Militar. En 1911, junto con Bernardo Reyes, se sublevó contra el gobierno de Madero, proclamando el Plan de La Soledad. Ambos fueron encarcelados en la prisión de Santiago Tlatelolco y condenados a muerte en juicio marcial, pero Madero conmutó la pena por prisión. Esto es el inicio de los sucesos de la Decena Trágica, que concluye el 18 de febrero con la aprehensión del presidente Madero y del vicepresidente Pino Suárez por parte de Aureliano Blanquet, y con su asesinato, el 22 de febrero.

grupo, Gustavo [Madero], Pino Suárez, González Garza, Urquidí y yo, visitamos a Madero. Llegamos a Chapultepec cuando se recibieron las noticias de la recuperación de la plaza tras de escasa resistencia y la entrega incondicional de los sublevados. Gran parte de la opinión atribuía la frecuencia de los levantamientos a la lenidad del gobierno. Uno tras otro habían sido perdonados los rebeldes y se sentía la necesidad de un escarmiento. Ninguna oportunidad mejor que la que se presentaba para dejar caer todo el peso de la ley sobre un favorecido de la suerte desde su cuna y que notoriamente obraba por ambición y despecho. Cierta coronel joven, de toda nuestra confianza, se acercó a mí diciendo: “Procure influir en el ánimo del señor Madero; basta con que me encargue el traslado de los presos, en el camino bajo a Félix Díaz y lo fusilo; si no se procede una vez de esta manera, caerá el gobierno y acabarán por hacer con Madero, inocente, lo que él no quiere hacer con los culpables...” “No cuente conmigo para eso” le dije, sonriendo. Pronto fijó en mí la atención el propio Madero. “Ya tengo premeditada mi venganza –afirmó–. Aquí está el texto del manifiesto de Félix Díaz. Invita a la rebelión y promete una dictadura... Es –agregó– *un manifiesto guatemalteco... una nueva tuxtepecanada... una ofensa al patriotismo de los mexicanos...* sus propias palabras lo desprestigian... y lo acaban... ¿Para qué voy yo a mancharme matando a un hombre que así se suicida moralmente?... Por lo demás –añadió después de un instante de reflexión–, si el país es capaz de aceptar nuevas militaradas de ese género, entonces yo salgo sobrando... prefiero irme, a caer en lo que hemos censurado a nuestros antecesores...”

Félix Díaz, sano y salvo, ingresó a la cárcel; desde allí siguió conspirando; las consideraciones de honor valían para

el gobierno, pero no para la banda adinerada que había jurado la destrucción del maderismo.

Y unos rieron del candor de Madero y otros se irritaron porque no cometía salvajadas, pero muy pocos reconocieron la intención de sentar un precedente de transformar para siempre el ritmo vergonzoso de nuestra historia. En Madero, “el apóstol” prevalecía sobre “el político”, se ha repetido después a menudo. Pero ¿qué vale un político que tiene que igualarse a los rufianes que lo combaten? Sólo un canalla puede adelantar censuras de lo que era alta visión de gobierno. Y lo único lamentable es que ciertos pueblos no sepan sostener hasta el fin la obra de estos escasos verdaderos estadistas que nacen de su seno.

Después de sus victorias resonantes, Madero cobraba nueva fuerza de convicción y se afirmaba su táctica. El éxito continuado acrecentaba su natural confianza hasta extremos peligrosos; pero no había en su temperamento una sombra de jactancia. Le dolía la humillación de sus enemigos y hubiera deseado abrirles el presidio y también la anchura inmensa de sus pequeños brazos. Por desgracia para la nación, pronto diría una vez más la historia que el sentido de los sucesos no está gobernado por la razón y por la justicia. Fue fácil censurar a Madero a raíz de su caída. Por su ceguera o su culpa se había derrumbado la mejor esperanza de México, afirmaban muchos entre sus propios amigos. Sin embargo, hoy que vemos a mayor distancia su actuación, nos afirmamos en la creencia de que era él quien tenía razón. Pues ahora vemos que no vale la pena perdurar unos cuantos años más de lo que duró Madero, para caer también como han caído Carranza y Obregón, sólo que desprestigiados, no sólo fracasados. Cuánto mejor el fracaso limpio en que se salva un héroe como

ejemplo y honra de todo un pueblo, que el fracaso sin gloria de los que perecen después de haber traicionado todos sus principios. Si las circunstancias no obedecieron el impulso redentor que a la patria imprimía Madero, peor para todos nosotros y tanto mayor aparece su gloria. Y todavía cuando México se decida a rectificar sus pavorosos yerros, tendrá que tomar el hilo de la patria regeneración en el punto en que lo dejó Madero.

No acabaría de contar las pruebas de grandeza moral que don Francisco nos daba. Un día se presentó en mi despacho aquel Fulgencio del primer período antirreeleccionista; lo veo con su semblante amarilloso de enfermo, cohibido y lamentable. Su situación, la de siempre: falta de trabajo, miseria y muchos hijos... “¿Cree usted —me consultó— que Madero me contestaría una carta si le escribo pidiéndole un empleo...?” Al instante recordé la conversación del desayuno en la casa de Tacubaya, el primer día de Madero en México, y el dolor bondadoso con que había juzgado aquel telegrama de felicitación... “Véalo usted —le dije—; no le escriba; verá que le abre los brazos...”

Una semana más tarde volvió Fulgencio y me tendió una carta con el membrete presidencial. No se había decidido a pedirle audiencia; pero fiado en lo que yo le había dicho, le había escrito. Allí estaba la respuesta. Leí: “Querido amigo... Yo de mis amigos recuerdo lo bueno y olvido cuanto pueda constituir un agravio. Venga a verme cuando guste y cuente siempre con el afecto”, etcétera. Fulgencio lloraba al recoger su papel; yo disimulé mi emoción... ¡Aquél era nuestro Madero! Supe más tarde que a Fulgencio le había dado la Dirección de una escuela importante. Lo creían ingeniero.

A distancia conocí también a cierto personaje macabro, tipo acabado de Yago criollo. Se llamaba Mondragón.³ Bajo el porfirismo se había enriquecido. Le encomendaron una compra de armas, modificó el cierre de los cañones franceses de sesenta y cinco y lo bautizó con su nombre. Al mismo tiempo los vendió al gobierno en forma tan onerosa que le valió un proceso. Estaba abierto todavía éste cuando Madero subió al poder. El perdón no se hizo esperar. Se archivó el proceso. Juró el otro adhesión. Y pronto comenzó a saberse que el director de todas las conspiraciones militares, el confidente de Félix Díaz y el abanderado de futuros cuartelazos era nada menos que este desprestigiadísimo jefezuelo.

³ Manuel Mondragón (1859-1922). Militar. En 1887, patentó el Fusil Mondragón M-1908, el primer rifle semiautomático del mundo. Combatió contra la rebelión maderista durante el régimen de Díaz. Solicitó licencia en 1911, pero en 1913 se reintegró al Ejército. En 1913, se le otorgó el grado de general de División. Junto con los generales Reyes, Huerta y Félix Díaz, inició el cuartelazo contra el presidente Madero. Se alió con Huerta, quien lo nombró subsecretario de Guerra y Marina. Tras el triunfo del Ejército Constitucionalista, se exilió en España.

EL AVERNO

Faltaban ya pocas semanas para que se consumase en Washington el cambio de gobierno que habría de librarnos del enconado embajador. Unas sesiones más de esgrima diplomática, y luego, con la salida de Taft cesarían las notas, cambiaría el rumbo internacional. El mismo cálculo se hacía, sin embargo, el embajador y los traidores que visitaban la Embajada extranjera. Con desvergüenza que parece increíble, no sólo concertaron, también firmaron un documento que dieron a la publicidad al triunfar el Pacto de La Ciudadela; trato de canallas, convenio de matricidas; por él se coludieron los conspiradores con el agente de Washington para derrocar al único gobierno legítimo de toda la historia mexicana.

Estaban presos los principales jefes de la conspiración y, sin embargo, los rumores corrían precisos, se hablaba de fechas y de nombres, de regimientos comprometidos. Por mi parte, tantas veces había visto fracasar a los descontentos, tan vigorosamente había logrado reaccionar el gobierno, que no aceptaba la seriedad del riesgo. Mi contacto frecuente con zonas distintas de diversos estados afirmaba mi optimismo. Por todas partes se pensaba en trabajar al amparo de una administración reconocida como honesta. Y la gente disfrutaba su libertad. Así

que partí sin preocupaciones para Tampico al desempeño de una gestión profesional, la autorización para una nueva refinería. Tan ajeno estaba a lo que iba a ocurrir, que por primera vez decidí llevar a Adriana. No es que lo pensara tampoco; se cometen tales imprudencias por imperativo de la pasión. Hay en el amor un instante exaltado en que los amantes subirían a una torre para abrazarse a la vista del mundo. El delirio que los transfigura reclama el estruendo. No fue esta ocasión una torre, sino el reservado del coche dormitorio, donde se abrigó nuestro escándalo. Asomados a la misma ventanilla mirábamos el escenario prodigioso de los montes; escala de gigantes al costado del abismo vegetal. Parecía que ver aquello juntos nos ligaba para la eternidad.

Paramos en el mismo hotel. Saboreamos la intimidad de todos los momentos como quien bebe a copa llena un vino delicioso probado antes sólo a pequeños sorbos. Ni el calor de la costa lograba apartarnos; la piel suda limpio después del baño. Y estar juntos a la mesa y en el sueño, en una misma respiración, compensaba la angustia de las citas en que era forzoso estar atento al reloj. Nos sondeábamos el alma en las pláticas de abandono que siguen al placer compartido.

El abogado y el gerente de la compañía me quitaban unas horas de la mañana. Luego, pretextando asuntos diversos, escapaba hacia el hotelito de madera pintada, junto al mar. Cada encuentro parecía el primero; cada vez era otro el sabor de sus labios, la impresión de su cuerpo bajo la túnica veraniega, el arrullo de su voz en la ternura.

De noche ensordecía el estrépito del oleaje, nos aislaba, nos trasladaba a un universo sin preocupaciones y sin obstáculos, despejado como la eternidad, armonioso como el océano. La tarea del mundo parecía concluida al retirarse la marea. Y

sólo quedaba dicha inefable. Instantes sin cambio. ¡Ambición de perennidad en el estar, signo de la beatitud! Se es inquieto y revolucionario por no poseer la ventura. Si se padecen mujeres como la de Sócrates, por tal de salir de casa se instala un cenáculo. El dichoso, en cambio, se conforma con un sitio para su engreimiento; pausa breve en el camino de lo absoluto.

Un rancho en la Huasteca para trabajarlo y un rincón en aquella playa para los veranos ardientes, en que ella vendría a visitarme; no le pedía más a la vida y no era mucho pedirle porque la selva y el litoral se hallan aún desiertos. Por allí no hay que disputar el sitio al prójimo; apenas a las alimañas.

Me reía de las ambiciones políticas y aun de las otras, las de la notoriedad y la gloria por la cultura. Nada iguala el ejercicio del alma en la soledad. Dedicaría unos años al trabajo profesional y luego vendría el retiro definitivo y laborioso en el campo y en la naturaleza.

Escribía entonces *Mi mundo como voluntad y representación*, pero al revés; el mundo como amor que unifica las representaciones y transforma la voluntad en beatitud.

Unas cuantas casas desocupadas había en lo que hoy es Balneario de Tampico, y el hotelillo rústico que nos tenía de huéspedes. Una inmersión por la mañana y otra al atardecer nos dejaba penetrados de energía marinera. Una tarde prolongamos el baño hasta el anochecer. Por el lado de tierra se metió el sol. Por el mar avanzaron las sombras; levemente subía, bajaba la superficie de las aguas con ritmos de respiración. La arena fina era un lecho blando. Pronto en el cielo alumbraron las mismas estrellas que contemplaron Eva y Adán desnudos en las noches de Paraíso. Hoy, en su abandono, con mayor afán buscan los cuerpos el consuelo de la posesión y la compañía. Pasó un buen rato sin más preocupación que los dedos

que entrelazan las manos, al aire los cuerpos tendidos, extenuados. El frío de la noche nos obligó a levantar el campo.

De cena nos dieron la especialidad de la costa. Sopa de jai-bas reparadora, si se toma en la juventud, y entramos en la noche con renovado ahínco de ahondar en la posesión.

Sonó el teléfono horas después de amanecido el día. Únicamente mi colega tampiqueño conocía mi encierro y en él me comunicaba la noticia estupenda: el general Reyes, poco después de ser libertado, había sido muerto en combate. Madero estaba preso en Chapultepec. Tampico estaba en calma, lo mismo que el resto del país.

Rápidamente preparamos el regreso por el primer tren. Caminamos una noche y todo el día siguiente. Apretándonos sobre el asiento del pullman, ella comentaba: “Fue mi luna de miel; la primera”. A medida que nos acercábamos al centro del país aumentaban los detalles. La Escuela de Caballería y dos regimientos habían libertado a los fracasados de las dos rebeliones anteriores: Reyes y Díaz. El primero cayó muerto en el ataque a Palacio. El segundo escapó refugiándose en La Ciudadela, donde se defendía con trescientos o cuatrocientos hombres. No había mayor motivo de alarma. No se concebía que cuatrocientos milicianos desleales pudieran derribar un régimen que contaba con el apoyo expreso de la nación.

Había un punto negro, sin embargo. El general Lauro Villar,¹ comandante de la plaza, había sido herido en el primer encuentro y para sustituirlo se había aprovechado el ofrecimiento que, en ese mismo instante, hizo de su espada el general

¹ Lauro Villar Ochoa (1849-1923). Militar. Defendió Palacio Nacional, junto a Ángel Ortiz Monasterio, repeliendo el ataque del general Bernardo Reyes en la Decena Trágica, el 9 de febrero de 1913.

Victoriano Huerta. De momento se había convertido así en el jefe militar del centro del país.

Nuestro tren llegó casi a medianoche a la estación de Colonia. No había coches; así es que seguidos de cargadores nos trasladamos a pie por la colonia Juárez, donde Adriana tenía su casa. El tráfico había sido prohibido por el centro de la ciudad, pero se transitaba en las zonas de habitación. De pronto, el tiroteo remoto de una ametralladora nos sobrecoigió. Tras el mucho comentarlo dormimos unas horas; apenas hubo sol, me eché a la calle en dirección de mi casa por el Hipódromo, hasta Tacubaya. No había novedad y confirmaban las noticias corrientes. Subiendo a la azotea me mostraron los estragos del cañoneo en las casas del barrio sitiado. No funcionaban ya los teléfonos ni corrían tranvías ni taxis. Desempolvando una bicicleta arrumbada me dirigí a Chapultepec por calles interiores. “No pases por enfrente de la casa de los Mondragón”, me recomendaron. Era ya público que dicho milite, tras de sobornar a algunos jefes, se había escondido y participaba en la rebelión. Por el ascensor privado entré al Castillo. Los rosales de la terraza no denunciaban ninguna alarma. En uno de los miradores hallé a Sarita.² La rodeaban militares, entre ellos el director del Colegio Militar, situado en el anexo. Al presentarme a los oficiales expresó que eran del estado mayor del general Huerta. No nos queríamos los oficiales y los maderistas; sin apretón de manos nos saludamos.

² Sara Pérez Romero (1870-1952). En 1903, contrajo nupcias con Madero; no tuvieron hijos. Tras el asesinato de Madero, se refugió en Cuba, posteriormente, se exilia en Estados Unidos y en 1921 regresa a México, donde residió hasta su fallecimiento.

Luego dijo la señora:

—Pancho está en Palacio y desea mucho verlo. No es fácil atravesar la ciudad; pero en este momento salen para allá estos caballeros, y les voy a rogar que lo lleven. ¿Qué noticias trae...?

—Pues —respondí— que el país está en paz, pero angustiado por el rumor de que el señor Madero está preso; me alegro de ver que no es cierto...

Entonces, llamándome aparte, me recomendó:

—Dígale eso mismo a Pancho... No está preso; pero quién sabe... todo el mundo desconfía del general Huerta; váyase pronto a ver a Pancho. Se lo ruego...

Mientras bajábamos por la rampa hasta el sitio en que aguardaba el auto, uno de los oficiales me dijo:

—Está bien, licenciado: nosotros lo llevamos, pero le advertimos que hay riesgo, sobre todo en un auto militar; el otro día nos perforaron a tiros la capota... si usted prefiere ir por su lado...

Era un oficial acicaladito, cintas de oro, reloj de pulsera, tieso como sus colegas; en seguida, sin disimular la intención agresiva repuse, mirándolos:

—No tengan miedo; conmigo van seguros... Soy hombre de suerte.

No me golpearon allí mismo porque tenían atada la voluntad. Todavía no les llegaba la hora de la traición. Se tragarón el sarcasmo y también que tomara el sitio de honor del cochecillo poderoso. Sin incidente atravesamos las calles desiertas y entramos a Palacio. El único peligro serio estuvo en que pudieron tener el capricho de entregarme a los sublevados... En el trayecto hablaban de los riesgos espeluznantes de los días anteriores. Todos habían sacado indemnes sus valiosas personas. En el salón Azul encontré a Madero. Después del abrazo afectuoso le repetí la consigna.

—El país está en paz, sólo que se dice que Huerta le ha quitado a usted el mando y lo ha convertido en un prisionero.

En ese instante asomó, con el andar zigzagueante de fiera cauta, el propio Victoriano Huerta.

Madero reía de mi dicho...

—A ver: oiga usted, general, oiga lo que dice V...

Sin darme la cara, el taimado oyó y calló. Ni un músculo tembló en su faz renegrida. Sus ojos vieron desviado y sus labios no se abrieron... Madero habló:

—Ya ve usted... Aquí está el general, todo lealtad...

Y al pasarle Madero el brazo por el hombro el traidor logró escurrirse.

Paseando sobre la alfombra, Madero me explicaba: “No acababa de emprenderse el asalto de La Ciudadela por temor de causar destrozos en las casas circundantes. El embajador americano amenazaba con practicar un desembarco marino en Veracruz si se causaba perjuicio a uno solo de los *yankees* que vivían en la zona amenazada. El día anterior todo el cuerpo diplomático, empujado por el embajador, había ido a pedirle que renunciara. Él les contestó despidiéndolos, negándoles el derecho de opinar en cuestiones de política mexicana...”

—Pase por la Secretaría Particular —añadió—, y vuelva a la hora del almuerzo para que lo haga con nosotros. Y no se preocupe; triunfaremos, porque toda la razón está de nuestra parte.

En la Secretaría hallé menos optimismo. En torno a Sánchez Azcona estaban los viejos maderistas. Muchos no pisábamos el Palacio desde hacía meses, alejados más o menos por pequeñas inconsecuencias de los más inmediatos colaboradores de Madero. El peligro nos volvía a juntar. Recuerdo, entre otros a Bordes Mangel y Urueta. En voz alta se comentaba la

pasividad de los ministros, especialmente la incapacidad notoria del encargado de la guerra.

—Lo que debía hacer Madero —exclamaba Chucho Urueña— es mandar a paseo a todo su gabinete y constituir otro con jóvenes de lealtad reconocida.

Volví a los salones presidenciales momentos antes del almuerzo, y Madero tornó a conversarme:

—Luego que pase esto —afirmó— cambiaré el gabinete. Son muy honorables todos mis ministros; pero necesito gente más activa. Sobre ustedes los jóvenes caerá ahora la responsabilidad. No me van a decir que no. Verá usted; esto se resuelve en unos días, y en seguida reharemos el gobierno; tenemos que triunfar porque representamos el bien. Pobre de México si llegara a imponerse toda esa canalla que nos amenaza. No puede ser. El bien tiene que triunfar...

En el comedor de Palacio se servía una comida sencilla, pero bien aderezada. Un Barsac de las viejas reservas llenaba de oro verdoso la transparencia de las copas. La conversación del presidente era animosa; pero los ministros tenían aire lúgubre.

De cuando en cuando estallaba una granada que se perdía por las azoteas, destrozando algún ladrillo y haciendo temblar ligeramente la cristalería.

—¿Por qué —pregunté, dirigiéndome al ministro de la Guerra tras uno de esos disparos—, por qué los sublevados tienen tan buena puntería y, en cambio, los nuestros nunca le pegan a La Ciudadela?

La versión de que estaban de acuerdo sublevados y atacantes me acababa de ser confirmada en la Secretaría. El ministro de la Guerra, sin embargo, no tenía cara de traidor, sino de bembo.

—¿Por qué no asaltan y acaban en dos horas con ese manjo de ratas? —insistí—. Es una vergüenza que cuatrocientos

hombres tengan en jaque a toda la nación que está en paz y apoya al gobierno.

Sólo entonces contestó el ministro:

—Eso no me compete; la responsabilidad de la situación la tiene el general Huerta.

También me habían aleccionado para que influyera sobre Madero a fin de que quitara el mando a Huerta y lo diera al general Ángeles,³ de lealtad insospechable. La víspera había hecho Huerta una infamia que justificaba el consejo de guerra aparte de la destitución. Por una calle estrecha que desemboca a La Ciudadela había metido un regimiento de irregulares maderistas. Los sitiados, sin duda prevenidos, se habían limitado a soltar las ametralladoras. Toda la ciudad vio la carnicería y la traición. “Y Madero no ve”, exclamaban todos.

O no vio a tiempo o creyó más oportuno contemporizar, entregándose a lo irremediable: extremando a Huerta la confianza, para desarmarlo, y por lo mismo que ya se sentía en sus manos. Esta hipótesis, sin embargo, parece contraria al carácter decidido de Madero. Su valentía instintiva se hubiera rebelado de transigir con un canalla. Lo más probable es que el destino, al consumir fines tortuosos, ciega a los más lúcidos en el instante en que va a destruirlos. Sobreviene una especie de parálisis la víspera de las derrotas injustas, pero inevitables. La maldición que pesa sobre nuestra patria oscureció la mente del más despejado de sus hijos. Entorpeció la acción del más ágil de sus héroes. A Madero lo envolvió la sombra. ¿Qué

³ Felipe Ángeles (1869-1919). Militar. Fue aprehendido con Madero y Pino Suárez; tras la muerte de éstos, fue comisionado en Europa para desterrarlo. En 1913, se unió al movimiento constitucionalista. En 1914, estuvo bajo las órdenes de Villa. Delegado de Villa en la Convención de Aguascalientes.

gran destino ignora estos eclipses? De la penumbra saldría él, limpio y glorioso, cometa rutilante de la historia patria. Pero la nación caería en abismos que todavía no sobrepasa.

Las versiones populares eran rigurosamente exactas. Victoriano Huerta acudía también a la Embajada para verse de noche con los jefes sublevados, y si la traición no acababa de consumarse, era porque no se lograban acuerdos en la disputa del poder. Por su parte, el embajador tenía prisa. El 4 de marzo se acababa su representación, y estábamos a mediados de febrero. Del reconocimiento del golpe de Estado por el gobierno americano dependía el éxito de los sublevados.

Hubo más días de angustia y tedio. Cañoneos intermitentes recordaban a la ciudad que la lucha sangrienta se prolongaba. Por el barrio de Adriana, entre los jardines y chalets de lujo, hubo necesidad de levantar piras de cadáveres para quemar los caídos en las cercanías. Por las mañanas, siempre que había vehículo, me trasladaba a Palacio. Las tardes las pasaba con Adriana, y las noches en mi casa. Corrió el rumor de que quizá se emprendería el ataque con tropas de refuerzo llegadas de los estados. En realidad, el refuerzo consistió en hacer traer el batallón de Blanquet,⁴ el mismo que meses antes ametralló en Puebla a los maderistas. El título honorífico de este Blanquet, cofrade de Victoriano Huerta, era haber sido el soldado que dio el tiro de gracia a Maximiliano. Parece que estos servicios de verdugo aseguran consideración permanente en

⁴ Aureliano Blanquet (1849-1919). Militar. Combatió a Madero y lo aprendió, junto con Pino Suárez, durante la Decena Trágica. En el régimen de Huerta, fue ministro de Guerra y Marina, hasta julio de 1914. Tras la caída del régimen, se exilió en Cuba. Regresó a México en 1918, para luchar contra los carrancistas. Muere en la persecución en Chavaxtla, Veracruz.

ciertos ejércitos. Las declaraciones que los diarios arrancaban a Blanquet no fueron tranquilizadoras. Aseguraba que su misión era contribuir a la pacificación del país; pero ni una palabra de lealtad que ya se le negaba.

Por fin, un mediodía, Victoriano Huerta puso cátedra digna de los más ilustres matadores de hombres. En nuestra historia del crimen, el sacrificio de Gustavo Madero corre parejas con la emboscada que Carranza puso a Zapata, con la que Obregón y Calles pusieron a Villa. También el envenenamiento de Flores, rival peligroso de Calles; la ejecución de Serrano y Gómez; lo de Topilejo y lo que ha seguido, todo arranca de aquella tarde sombría del encumbramiento de un traidor.

Gustavo se había instalado en Palacio al lado de su hermano. Además, se había demostrado peligroso, rindiendo él en persona a todo un grupo de oficiales cuando el asalto a Palacio por los reyistas. Ya no se burlaban de él; lo temían. Y Victoriano Huerta lo invitó a comer.

—Esta misma tarde —le dijo— tomaré La Ciudadela; pero antes he mandado preparar un almuerzo en el restaurante Gambirinus (en el centro de la ciudad), y quiero que usted nos acompañe. Estaremos yo y mis oficiales y algunos íntimos. Dos altos jefes vendrán a buscarlo a mediodía.

Gustavo era un hombre arrojado. No tenía estimación por Huerta, pero le hubiera parecido indigno de su valor mostrarse indeciso en días en que significaba peligro entrar y salir de Palacio. Aceptó.

Félix Díaz desconfiaba de Huerta y le exigía una prueba.

—Entrégame a Gustavo —le dijo—, y así comprenderé que no me tiendes una celada al proponerme la rendición.

El pacto, además, ya había sido firmado. Los de Félix Díaz reconocerían a Huerta como presidente si derrocaba a Madero,

y recibirían, en cambio, unos puestos en el gabinete. Exigían unas arras de carne humana. Huitzilopochtli recomenzaba su reino interrumpido por el maderismo.

Dos futuros “generales” recogieron a Gustavo como huésped y lo condujeron al reservado del Gambrinus. Todo el comercio de las cercanías estaba cerrado; pero fue mandado abrir el restaurante sólo para consumir la fechoría. Se encontró Gustavo con otros oficiales que le rogaron esperarse. A poco llegó Huerta, lo abrazó y empezó la comida. Huerta miraba el reloj y parlotaba semiebrio; por fin, interrumpiéndose, exclamó: “Vuelvo dentro de un instante; no se preocupen por mí”. Escapó, y en seguida los bravos comensales se echaron sobre su huésped, lo amordazaron y lo subieron a un auto previamente dispuesto. En el camino lo golpearon en la cabeza con las pistolas “reglamentarias”, para impedir que forcejeara y para acallar sus voces de auxilio.

En La Ciudadela esperaba su presa el caudillo Félix Díaz. Personalmente vejó a Gustavo, ya mal herido. Otros vinieron a picarle el vientre con bayonetas. A tirones lo desnudaron: alguien le mutiló el miembro, que acercó a los labios de la víctima. Luego lo pisotearon. Le dieron quizá el tiro de gracia. Lo cierto es que el cadáver no fue entregado a la familia; no sufrió autopsia; destrozado, lo mandaron enterrar en secreto. Y el ojo de vidrio de Gustavo anduvo de mano en mano como trofeo.

Concluido su rito azteca, “el caudillo de La Ciudadela”, como oficialmente empezó a titularse al sobrino del Dictador, se fue a sus habitaciones privadas; recibió a su barragana; se bañó, se perfumó. En seguida, montó un hermoso caballo y salió con sus huestes rumbo a Palacio para cumplimentar al nuevo presidente. No pocas damas de la antigua aristocracia porfirista

mojaron sus pañuelos en lágrimas patrióticas y los arrojaron al paso del vencedor, que, “pálido y sonriente”, dijeron los diarios al día siguiente, ostentaba un ramo de violetas en el ojal.

Tan pronto como Huerta supo que Gustavo estaba entregado, bebió su aguardiente habitual, se encerró en el cuarto de guardia y desde allí, emboscado, dirigió el asalto. Fuerte escolta al mando de los dos oficiales de su estado mayor penetró en la sala del Consejo. Dirigiéndose a Madero lo declararon preso. En ese instante el ayudante presidencial, Gustavo Garmendia,⁵ mató de un tiro en la cabeza al oficial traidor, hirió al otro y puso en fuga a la escolta, pero no sin que antes disparase ésta, matando a uno de los amigos que conversaban con Madero.

Apenas levantados los muertos, reunió Madero a los pocos que estaban con él y se asomó al balcón de Palacio intentado llamar al pueblo en su auxilio. Afuera, las calles totalmente desiertas demostraban el cuidado que había tenido Huerta de aislar a su prisionero. Además, el pueblo no había querido moverse. Uno de los días anteriores, después de imprimir una proclama convocándolo, habíamos recorrido en un auto del gobierno todos los barrios humildes donde antes tuvimos fuerza y amistad. En todas partes se nos acogió con recelo. Y tenían razón, no les dábamos armas; la ciudad ya no era nuestra. El comandante desleal, en ocho días, con pretexto de unificar el mando, había depuesto comisarios, se había apoderado de todos los servicios. Por otra parte, es mucho más fácil llevar a un pueblo a tirar un gobierno que a defenderlo.

⁵ Gustavo Garmendia (1883-1913). Militar. En 1911, ingresó al estado mayor de Madero, quien después lo nombró su inspector general de policía. El 18 de febrero de 1913, le salvó la vida a Madero, en un atentado cometido por el teniente coronel Teodoro Jiménez Riveroll.

Retirándose del balcón, Madero comprendió que no le quedaba otra esperanza que salir del Palacio, vivo. Afuera encontraría fuerzas que lo ampararan. Forzaría la guardia, intentaría una de aquellas audacias que otras veces le habían dado el triunfo en casos aparentemente perdidos. Bajando por el ascensor privado encontró libre la antesala de abajo... Pero al desembocar al corredor, le atajó el paso nada menos que el general Blanquet, al frente de su batallón de analfabetos. Todavía Madero se encaró con los hombres que apuntaban los rifles, les marcó el alto y exclamó:

—Soy el presidente de la República; abajo esas armas.

Tuvo un instante de vacilación la tropa; entonces Blanquet templado, avanzó pistola en mano:

—Ríndase —balbuceó.

Sus oficiales se echaron sobre Madero, lo sujetaron, lo registraron buscándole un arma. ¡Sin pistola se había estado imponiendo al centenar de pistoleros! Se apresó también a los ministros que bajaron con Madero. A éste le pusieron centinela de vista en un cuarto interior; después lo juntaron con su gabinete, poniendo escolta a la puerta.

Ahora fue Victoriano Huerta quien salió al balcón. Las campanas de la Catedral, prevenidas por sus secuaces, lanzaron repiques de triunfo, lograron reunir alguna gente que se acercó curiosa y tímida. Huerta, borracho, “discurseó” a la plebe. Se había hecho cargo del poder. Salvaría a la patria. Bajarían los precios del pan y las cebollas (textual). El pueblo estaría contento. En seguida se entrevistó con sus prisioneros; empezó tendiendo la mano a Madero; éste la rechazó, llamándolo traidor. Tendió la mano a los ministros. Todos, a excepción de uno, rehusaron la mano del beodo. Poco después se decretó la libertad de los ministros pero siguieron presos el presidente y el vicepresidente.

En la Catedral seguían las campanas a vuelo. La columna “felicista” se acercaba a Palacio. Los que diez días antes corrieron como liebres ante el fuego de unos cuantos leales, avanzaban ahora con insolencia de vencedores. Cada uno de los cuatrocientos traía el blasón de haber ayudado a matar a un solo hombre: el valiente Gustavo. Hubo entre la masa quien aclamó a los asesinos. Corría la voz de la ejecución de “Ojo Parado” —el mote de Gustavo—. Sobre la sangre inocente, derramada con impunidad, todavía la befa de la canalla metropolitana... “Se echaron a ‘Ojo Parado’... ¡Viva Félix Díaz...!”

Los sucesos de esta última tarde me cogieron en casa de Adriana, al saberlos, la saqué de su domicilio para llevarla con sus familiares, y luego, en mi bicicleta, me encaminé a Tacubaya. En la esquina de “Hagenbeck” me encontré con el regimiento de gendarmería sublevado en La Ciudadela, con Félix Díaz. Venían por delante unos brutos echando arengas...

—Ahora sí, muchachos... ¡Viva Oaxaca!, y mi general Félix Díaz... ¡Arriba Félix...!

Poca gente, desde la acera, contempló la escena, asombrada. Los jinetes, detrás, guardaban silencio siniestro... Sentí pasar un estremecimiento por toda la espina. Me pareció que un mal sueño me trasladaba a las épocas lúgubres de los cuartelazos a lo Santa Anna. Bajo el maderismo gozamos la ilusión de pertenecer a un pueblo culto. Ahora el pasado resurgía. Se iniciaba de nuevo el rosario de traiciones, los asesinatos, el cinismo y el robo... México y todos sus hijos volvíamos a entrar en la noche.

Todo el mundo sabe lo que más tarde ocurrió. La Cámara de Diputados pudo salvar a México, si resiste la presión de las armas. Pero los jefes de los grupos gobiernistas fallaron en su mayoría. El más significado de todos, Luis Cabrera, se

había ausentado de México, semanas antes de los sucesos, advertido quizá por sus viejas amistades reyistas. Gustavo, jefe de la mayoría, acababa de ser suprimido. No más de media docena de diputados votó contra la aceptación de la renuncia de Madero.

Sorprendió a algunos que, dado su temple, Madero consintiese en renunciar. Lo hizo porque se sintió desamparado del pueblo y porque se le dijo que era ésa la manera de salvar la vida de todos sus amigos presos.

Hubo después otra renuncia incalificable: la del ministro de Relaciones maderista que, por ley, se convertía en presidente y que renunció al instante, a fin de que la Cámara pudiese nombrar presidente interino al propio Victoriano Huerta. Se excusaban algunos de estas cobardías, con el pretexto de que rindiéndolo todo al traidor se salvarían, por lo menos, las vidas del presidente Madero y del vicepresidente Pino Suárez. Momentáneamente paralizada, la nación contempló todo este derrumbe fascinada por el destino final de los altos funcionarios destituidos.

La mañana siguiente avisaron a mi bufete que Sarita, con el resto de la familia Madero, se había refugiado en la Embajada del Japón. Allí telefoneé para ofrecerme en lo que sirviera y me pidieron que influyese con Henry Lane Wilson. Sólo él podía impedir que don Francisco padeciese la misma suerte que Gustavo. Hacía tiempo que yo había cortado relaciones con Henry Lane. Sin embargo, aun a riesgo de sufrir un desaire, llamé por teléfono a la Embajada. Con la cortesía habitual del funcionario *yankee*, el embajador se puso, en persona, al aparato:

—Don't worry, my friend.

Madero sería enviado en tren especial a Veracruz para embarcarlo; eso era lo acordado; no corría peligro alguno...

—Ya les he dicho a estas gentes —*these fellows*— que basta de venganzas y que no deben seguir matando gente. *But you be very carefull. Stay out of it..*

Las seguridades del embajador que había condimentado el infame pastel tranquilizaron, no obstante, a los íntimos, y empezó para mí una curiosa agonía. Me aterraba la suerte de Madero, expulsado del país y, por lo mismo, casi perdonado. ¡Al fin de cuentas iba a resultar que Huerta la haría de héroe por librar al país de un mal gobierno, un gobierno débil! Y quedarían, no sólo impunes, sino alabados, los mismos criminales que acababan de asesinar a Gustavo, los bajos traidores que ya empezaban el saqueo de la nación. Sin duda el embajador los aconsejaba con tino. Perdonar a Madero era salvarlos ante la historia, consolidarlos en el poder.

En cambio, si los salvajes obedecían a su natural instinto, si el drama nacional profundo de Quetzalcóatl contra Huichilobos se consumase esta vez, ya no sólo con la expulsión de Quetzalcóatl, sino con su sacrificio en el altar que despedazó a Cortés, ¡entonces quizá la misma iniquidad sin nombre provocaría reacción salvadora! Madero perdonado era inútil para sí mismo y para su patria; Madero, hombre, había hablado alguna vez de hacer un viaje a la India para dedicarse al ascetismo y a la filosofía; pero tal no era, sin duda, su destino. Su misma capacidad filosófica quizá no era extraordinaria. En cambio, qué perfecto mito legaría a la historia si con su muerte vilipendiaba a los traidores; si su sacrificio provocaba la vindicta nacional. Madero, asesinado, sería una bandera de la regeneración patria. Hay ocasiones en que el interés de la masa reclama la sangre del justo para limpiarse las pústulas. Cada calvario desnuda la iniquidad del fariseo. Para remover a las multitudes era preciso que se consumase la maldad sin nombre.

Lo peor que podía ocurrir era un perdón otorgado por los usurpadores.

Estuvo listo en la estación una mañana el tren que debía conducir a Madero al destierro; pero antes de que llegara el preso se dio contraorden, se declaró cancelado el viaje. No se hizo público el motivo, pero se le ha relacionado con la actitud inesperada de un jefe que tuvo un instante de valentía. El general Velasco, comandante militar de Veracruz y más tarde terror de Pancho Villa, dijo que si Madero llegaba a Veracruz le rendiría honores de presidente. Su renuncia había sido arrancada bajo presión; lo que ocurría deshonoraba al Ejército... Lo triste es que este Velasco no hubiese sabido mantener hasta el fin su posición; pronto se puso al servicio de Huerta. Por el momento, impidió el embarque de Madero.

Al mismo tiempo, el nuevo gobierno recibía noticias que el público ignoraba. En distintas partes del país ocurrían levantamientos con la bandera maderista. En los Estados Unidos, en diversas ciudades se celebraban manifestaciones de protesta por la manera como el embajador liquidaba la democracia en México. Una creciente inquietud acosaba a los facinerosos, que, al fin, decidieron deshacerse de su presa. Las salas del Palacio Nacional, que en adelante con tanta frecuencia habían de convertirse en conciliábulo de criminales, oyeron altercados que, en forma más o menos alterada, trascendían al público... Que si al proponerse el crimen, De la Barra, el beato, dijo:

—Hágase la voluntad de Dios...

Que si Félix Díaz reclamaba que le entregasen los presos como le habían dado a Gustavo. Lo cierto es que la responsabilidad moral abarca a todos los que entonces y después sirvieron al soldado borracho que se improvisaba presidente. La manera de la ejecución quedó encomendada a la pericia de los generales.

La reliquia del ejército juarista, el del tiro de gracia a Maximiliano, el heroico Blanquet, tomó a su cargo la faena. Se valió de un tal Cárdenas, coronel de los que aplicaban la ley fuga en tiempos de Porfirio Díaz. Se hizo repetir éste las órdenes, del propio Huerta, de Mondragón y de Blanquet, nuevos ministros de Estado, y preparó la fiesta sagrada del militarismo azteca, el sacrificio de los prisioneros en la sombra de la noche del 22 de febrero de 1913, a la semana del golpe de Estado.

Bandas de felicistas recorrían aquellos días la ciudad, obligaban a los transeúntes a dar vivas a Félix Díaz; asesinaban a capricho. Incendiaron el *Nueva Era*, periódico independiente, y saquearon casas de vencidos. Y donde no quedó piedra sobre piedra fue en la finca de los Madero, por la colonia Juárez. No era propiedad del ex Presidente, sino de sus padres. Y éstos la habían construido con dineros ganados a la industria; nunca uno solo de ellos había disfrutado de cargos gubernamentales. Ni uno solo de los parientes de Madero construyó casa propia durante el período de su gobierno. Ningún maderista funcionario se había enriquecido. Pues todo esto irritaba al nuevo orden de cosas. ¿Cómo iban a perdonar a una familia honrada y a un presidente sin tacha los que más tarde, convertidos en huertistas o carrancistas o en callistas, habían de levantar una colonia nueva en el sitio más costoso de la ciudad? Movida por el instinto que admira al ladrón y desprecia al hombre honesto, la plebe se ensañó en la casa de los Madero. Había que destruir hasta los cimientos de la honradez. Y desapareció el modesto hogar paterno del presidente honrado. Y siguen dando pingües rentas las casas mal habitadas de los presidentes que han seguido a Madero. Se expulsaba el sistema maderista a la vez que se acababa con el hombre. Se arrasaba lo que tenía de extraño, desusado, aquello de no lucrar con el bien público. La sosa

manía de no colgar a los rivales de los árboles de la plaza pública, bien merecía el escarnio. Se acusaba a los Madero de tener sangre judía y se hubiera querido extinguir el clan entero. Eran todos honestos, laboriosos, y sirvieron a la administración sin robarla. Estorbaban los planes de la dinastía sanguinaria y autóctona que tomaba de nuevo posesión de la cosa pública. Madero sigue expulsado de México.

La Iglesia mexicana también se mostró alborozada. Desaparecía, por fin, aquel presidente sospechoso de espiritismo. ¿Qué importaba que ahora viniese un ebrio inmoral, si lo que ella suele perseguir es la heterodoxia, antes que la maldad y aun ateísmo? En el diario de los católicos, *El País*, vimos todos con dolor y sorpresa el cable papal en que se felicitaba a Huerta “por haber restablecido la paz” y le enviaba bendiciones. Señalo este hecho inaudito sin ánimo de agravar los cargos que pesan sobre la Iglesia mexicana, y sólo para que se vea uno de los pretextos, no la justificación, de las persecuciones religiosas que se han consumado con posterioridad. Por lo pronto, quienes por convicción nos inclinábamos a un acercamiento del Estado mexicano con la Iglesia experimentamos ira y desconsuelo.

Tras de varios días de zozobra, una mañana publicaron los diarios el boletín oficial de la muerte de Madero. Sin fuerza para leer los detalles, miré fijamente los encabezados. Un dolor no exento de consuelo raro me revelaba caminos incomprensibles del destino de las naciones. En la primera parada me bajé del tranvía y, llorando, caminé por la calzada de Tacubaya.

Anduve cerca de una hora, y al pasar frente a la casa de los Valles, desde el balcón, Adolfo⁶ me llamó y me hizo entrar.

⁶ Se refiere a Adolfo Valles Baca (1873-1937). Abogado. Fue agente del Ministerio Público Federal, juez penal y magistrado del Tribunal Superior

Allí encontré una situación penosa. Valles había ya renunciado su cargo; pero algunos familiares de su esposa figuraban en el nuevo régimen. Sin embargo, con bondad sincera y cortesía perfecta, me retuvieron hasta la hora del almuerzo. “Los maderistas –decía Valles–, a pesar de que hoy los persiguen, pasarán a la historia como una aristocracia cívica...” Era confortable hallar en el estercolero la perla de un corazón noble. Aquello no podría subsistir sin castigo; era menester levantar al país en armas. El pueblo no había intervenido en aquel drama y salía de él sin caudillo. Ya se inventarían caudillos. Lo que importaba como cuestión de honor, era la venganza.

Al llegar a mi casa daba vergüenza abrazar a mis hijos, me sentía humillado de legarles una patria envilecida... “¡Nuestro país no se merecía a Madero...!” , había dicho Alfonso.

Por la tarde el buen amigo se presentó en mi casa. Había averiguado entre las gentes de la nueva situación sus intenciones respecto de mí. No teniendo yo cargo que pudieran quitarme ni enemistad personal con ninguno de ellos, optaban por no tomarme en cuenta si yo me avenía a quedarme tranquilo. No exigían por ello ningún compromiso.

Ni lo habría contraído. Estaba seguro de que no tardarían en producirse levantamientos. En el norte, toda nuestra esperanza se cifraba en don Abraham González,⁷ gobernador de

de Justicia del Distrito Federal. Fue procurador general de la República (1911-1913), en la presidencia de Madero. Autor del Código Penal para el Distrito Federal.

⁷ Abraham González (1864-1913). Agricultor, político y revolucionario. Fue delegado en la Convención Antirreeleccionista de 1910, jefe de la revolución de Chihuahua y gobernador provisional, interino y constitucional de esa entidad, en 1911. Durante el mandato de Madero, fue secretario de Gobernación. En 1913, fue asesinado por órdenes de Huerta.

Chihuahua, que podía poner en pie de guerra su estado. Pronto se supo que los militares, después de aprehenderlo en Chihuahua, lo habían bajado del tren en una estación desierta, y lo habían asesinado. El ejecutor de la hazaña recibía como premio la banda de general.

Adolfo Valles, inspirado siempre en noble afecto, me aleccionaba: “Déjese ya de buscar revanchas. Han caído ustedes sin deshonra, y eso basta... Lo reconocen así los mismos enemigos... El nuevo ministro X, me ha dicho que lo lleve a usted con él...”

Salí yo de mañana para buscar a los leales; procurábamos comunicarnos con los grupos de los estados. Mientras esperaba por la Reforma, vi acercarse a mi taxi a un sujeto sonriente: era Pansi...

—¡Ingeniero! ¿Usted anda escapando? —pregunté—. ¡Con cargo importante y codiciable...!

—No —repuso Pansi—, no he tenido novedad y todavía no sé si aceptan mi renuncia... Sí; quizá me dejen fuera... Querrán ese cargo para sus íntimos... ¿No le parece? Pues ahora —añadió— lo lógico es que Félix Díaz sea el presidente...

Veíase tan lamentable aquel rostro inquieto por el puesto que perdía, en acecho ya de perspectivas desesperadas, que volví la cara para no verlo. Me debía servicios; por eso no lo insulté... ¡Era lógico que el vencedor subiese al poder! Sí; pero contra la lógica estaba nuestro despecho; contra la intriga estaba todo un pueblo ofendido en su entraña... Ya verían los lógicos. Cuanta más infamia se fuese acumulando mayor sería el estallido nacional. Oscuramente, tímidamente, se esparcían los rumores. En Guerrero se habían vuelto a levantar en armas los Figueroa. Salieron tropas para Guerrero. En Sonora la legislatura desconocía al nuevo régimen. De Coahuila llegaban noticias

vagas. Don Venustiano ponía condiciones. No era maderista. Él también había estado a punto de levantarse contra Madero; pero ahora reclamaba que le conservasen el gobierno de Coahuila, y mientras Rodolfo Reyes⁸ salía a parlamentar con Carranza, la legislatura de Coahuila, por voto unánime, impuso el camino de la rebelión.

No todo estaba perdido. Era el momento de conspirar y repartir los fermentos. En mi bufete comencé a despedir clientes; otros me dejaron antes de que los despidiera. Aquello sería centro de conjuraciones hasta que viniese a cerrarlo la policía. El pormenor de estos días pavorosos requiere, por su extensión, el espacio aireado de otro volumen. Ojalá me sea dado escribirlo pronto y deshacerme de tanto recuerdo en favor de la imprenta, pues a semejanza del marinero de Coleridge:

*And till my ghastly tale is told,
This heart within me burns.**

⁸ Rodolfo Reyes (1878-1954). Abogado y político. Fue ministro de Justicia en el gobierno de Huerta (1913). Fue diputado federal en 1913. En 1914, fue desterrado a España. Pasó allí la mayor parte de su vida y fue miembro de la Real Academia de Jurisprudencia de Madrid. En 1929, publicó, en España, *De mi vida. Memorias políticas*.

* "...mientras no concluya mi cruel relato, / por dentro arderá mi corazón." [N. del A]

CONSEJO EDITORIAL

Dip. Tomás Brito Lara

Presidente

Grupo Parlamentario del PRD

Dip. José Enrique Doger Guerrero <i>Titular</i>	Dip. Juan Pablo Adame Alemán <i>Titular</i>
Dip. Eligio Cuitláhuac González Farías <i>Suplente</i>	
Grupo Parlamentario del PRI	Grupo Parlamentario del PAN
Dip. Ricardo Astudillo Suárez <i>Titular</i>	Dip. Alberto Anaya Gutiérrez <i>Titular</i>
Dip. Laura Ximena Martel Cantú <i>Suplente</i>	Dip. Ricardo Cantú Garza <i>Suplente</i>
Grupo Parlamentario del PVEM	Grupo Parlamentario del PT
Dip. Luis Antonio González Roldán <i>Titular</i>	Dip. José Francisco Coronato Rodríguez <i>Titular</i>
Dip. José Angelino Caamal Mena <i>Suplente</i>	Dip. Francisco Alfonso Durazo Montaña <i>Suplente</i>
Grupo Parlamentario de Nueva Alianza	Grupo Parlamentario de Movimiento Ciudadano

Mtro. Mauricio Farah Gebara

Secretario General

Lic. Juan Carlos Delgadillo Salas

Secretario de Servicios Parlamentarios

Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública
Centro de Estudios para el Adelanto de las Mujeres y la Equidad de Género
Centro de Estudios de las Finanzas Públicas
Centro de Estudios para el Desarrollo Rural Sustentable y la Soberanía Alimentaria
Centro de Estudios de Derecho e Investigaciones Parlamentarias
Centro de Documentación, Información y Análisis

Édgar Piedragil Galván

Secretario Técnico del Consejo Editorial

Memorias políticas

DE JOSÉ VASCONCELOS
SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE OFFSET REBOÁSÁN,
EN LA CIUDAD DE MÉXICO,
EN JULIO DE 2014.
EL TIRO CONSTA DE 4000 EJEMPLARES



TÍTULOS DE LA COLECCIÓN

18. *Correspondencia política II*
FRANCISCO I. MADRERO
19. *Memorias. Selección*
PORFIRIO DÍAZ
20. *El derecho de rebelión*
RICARDO FLORES MAGÓN
21. *Fases distintas de un hombre*
JUAN SÁNCHEZ AZCONA
22. *Documentos constitucionalistas*
VENUSTIANO CARRANZA
23. *Ser ciudadano*
MARTÍN LUIS GUZMÁN
24. *La Constitución y la dictadura.*
Selección
EMILIO RABASA
25. *La Constitución de 1857 y sus críticos.*
Selección
DANIEL COSÍO VILLEGAS
26. *Temas de reflexión democrática*
para políticos incipientes
LUIS CABRERA
27. *Memorias políticas*
JOSE VASCONCELOS
28. *Documentos escogidos*
LAZARO CARDENAS
29. *La epopeya del petróleo en México*
JESÚS SILVA HERZOG

La colección Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano que presenta el Consejo Editorial de la H. Cámara de Diputados, LXII Legislatura, pretende mostrar, por medio de la pluma de significativos escritores, periodistas, historiadores y pensadores, en distintas etapas de la historia nacional, las ideas y expresiones que cimentaron y enriquecieron nuestra norma jurídica a favor del bien colectivo.

Tras la Independencia, la organización del joven país requirió de una intensa labor legislativa para reconocer que la soberanía reside en la Nación. Esta lucha se prolongó hasta la consolidación como República gracias a las Leyes de Reforma, las cuales constituyeron la revolución cultural más trascendente del siglo XIX mexicano, además de ser uno de los más notables antecedentes de los estatutos que actualmente rigen el Estado.

De esta manera, la colección Biblioteca del Pensamiento Legislativo y Político Mexicano rescata una visión distinta de nuestro fuero y difunde los principios de libertad, integridad y democracia del pensamiento legislativo y político mexicano.